



AJUNTAMENT DE VALÈNCIA
REGIDORIA DE BENESTAR SOCIAL I INTEGRACIÓ
SECCIÓ DE LES DONES I IGUALTAT

XIII CERTAMEN

DE NARRATIVA BREVE

8 de
8 marzo

Día Internacional de la Mujer 2014

**“La salud
y el bienestar
de las mujeres”**

PLA **miq** Pla Municipal per a la
Igualtat d'Oportunitats
entre Dones i Hòmens

CENTRE MUNICIPAL DE LA DONA
cmiq

PRESENTACIÓN

El XIII Certamen de Narrativa Breve **“LA SALUD Y EL BIENESTAR DE LAS MUJERES”** organizado por la Concejalía de Bienestar Social e Integración del Ayuntamiento de Valencia, ha querido dar la oportunidad de reflexionar sobre este importante tema, a través de relatos cuyo contenido refleje la salud de las mujeres, entendida como el completo estado de bienestar físico, mental y social.

Y muestra de la importancia de este tema ha sido la elevada participación con respecto a las ediciones anteriores: 278 narraciones, presentadas por 191 autoras (68,7%), 86 autores (30,9%) y 1 una asociación (0,3%). De ellas, el jurado ha seleccionado 15 trabajos, los 3 premiados del certamen y los 12 mejores que les siguen y que a continuación presentamos en esta publicación.

Ana Albert Balaguer.

Concejalía de Bienestar Social e Integración del Ayuntamiento de Valencia.

El XIII Certamen de Narrativa Breu **“LA SALUT I EL BENESTAR DE LES DONES”**, organitzat per la Regidoria de Benestar Social i Integració de l’Ajuntament de València, ha volgut donar l’oportunitat de reflexionar sobre este important tema, a través de relats el contingut dels quals reflectisca la salut de les dones, entesa com el complet estat de benestar físic, mental i social.

I mostra de la importància d’este tema ha sigut l’elevada participació respecte a les edicions anteriors: 278 narracions, presentades per 191 autores (68,7%), 86 autors (30,9%) i 1 una associació (0,3%). D’estes, el jurat ha seleccionat 15 treballs, els 3 premiats del certamen i els 12 millors que els següen i que a continuació presentem en esta publicació.

Ana Albert Balaguer

Regidora de Benestar Social i Integració de l’Ajuntament de València

Título: EL CUECELECHES**Pseudonimo:** MARA**Autora:** M^a CARMEN SALGADO ROMERA

1 ER PREMIO

2

Cada mañana, de su furgoneta de reparto un sonriente lechero bajaba un cántaro de leche recién ordeñada que subía hasta nuestro piso y la medía por cuartos en el descansillo. Al marchar dejaba un olor a vaca que nos sugería una forma de vida exótica, pues mi hermana y yo no teníamos más contacto con la vida rural que los prados colindantes de los que traíamos las rodillas tatuadas de verde cuando jugábamos en ellos. Los prados rodeaban por tres partes nuestra vieja y solitaria casa. Solo teníamos un vecino abajo, un señor de unos treinta años que quería aparentar ser simpático pero cuya mirada rápida y huidiza no nos gustaba. Por delante de la casa una carretera conectaba la ciudad con nuestro extrarradio y los pueblos limítrofes y a continuación había otra gran parcela por la que se escondía el sol al atardecer. Eran prados urbanos, sin animales. Solo había en ellos insectos que, años más tarde, mi hermana y yo atraparíamos con un cazamariposas para meterlos en formol, insertarlos en finas agujas y exhibirlos en cajas de tapa de cristal en los estantes de la vitrina del salón. Una vez que mi madre cerraba la puerta al lechero pasábamos por debajo de la cortina de terciopelo que separaba el vestíbulo del pasillo y nos adentrábamos en ese túnel con forma de U mayúscula que por el día, iluminado por la luz de las habitaciones, era agradable con su papel pintado de color verde y los cuadros que adornaban sus paredes, pero que a la luz artificial se convertía en un trozo del laberinto del Minotauro. Nuestra pequeña comitiva avanzaba hasta la cocina. Allí nuestra madre encendía el fuego de gas y colocaba “el cueceleches” sobre él. Ese hervidor azul con su chimenea central nos fascinaba. Mi hermana y yo mirábamos extasiadas cómo un chorro blanco comenzaba a brotar por el cilindro, al principio de forma tímida, apenas lo justo para ir sobrepasando el borde de la chimenea y resbalar por su parte externa y luego con fuerza, como una fuente de líquido espumoso que iba cambiando de sonido hasta que su mutismo nos indicaba que era el momento de apagar el fuego. Así, cada mañana, a eso de las once, acabábamos con las mejillas ligeramente sonrojadas por el calor de la cocina y los ojillos brillantes. Procurábamos demorarnos por la cocina y aprovechar los ires y venires de nuestra madre para birlarle algún dulce o poner en alto el bote de leche condensada y dejar que un chorro dulce y denso cayera sobre nuestras bocas glotonamente abiertas. Luego salíamos riendo felices, viviendo el presente sin recordarnos protagonistas de otros momentos en los que en la oscuridad del pasillo habíamos sentido un soplo en nuestros cuellos, un empujón en nuestro cuerpo, un susurro cercano, un olor diferente o golpes en las paredes. Sin recordar cómo nuestros músculos se encogían y no éramos capaces ni de chillar. En cuanto podíamos salíamos disparadas hacia nuestra habitación, cerrábamos la puerta, nos escondíamos bajo la colcha y nos abrazábamos a nuestra manera. Luego juntábamos nuestras cabezas hasta conseguir el valor suficiente para volver a salir. Muchas veces era nuestra madre la que se daba cuenta de que algo ocurría y venía a buscarnos a la habitación. Se sentaba en la cama a nuestro lado, abrazaba nuestro cuerpo, acariciaba nuestros rizos negros, nos daba un beso, nos cogía de la mano y nos llevaba pasillo adelante hasta el comedor.

Nuestro padre no solía cenar con nosotras, al salir del trabajo se quedaba en el bar. Siempre supimos que era para no vernos, aunque también pensábamos que, a su manera, nos quería pero que sentía vergüenza de nosotras y que por eso nos mantenía tan alejadas de todo, hasta de la escuela. No echábamos de menos estar con otros niños, sobre todo cuando hacía buen tiempo y salíamos a correr por los prados con el cazamariposas. La colección de insectos fue creciendo año tras año, a la par que nuestro miedo a recorrer el pasillo se transformaba en curiosidad. ¿Notaremos algo? Y si así era, nos esforzábamos por tomar fiel registro para luego comentarlo entre nosotras. Sí, estábamos cambiando mucho. Un día nos dimos cuenta de que nos gustaban los chicos, los de la televisión, porque seguíamos sin ver a ninguno real hasta que una mañana, sobre las once, al oír el timbre salimos con el hervidor y vimos detrás del lechero a un muchacho de nuestra edad, su hijo. Su padre quiso presentarnos: “Julían, estas son Carmen y Yolanda”. Entonces avanzó un par de pasos y mirando hacia el suelo, temblando, nos tendió una

mano. No quisimos prolongar su malestar. Dejamos el cueceleches en el suelo y nos fuimos llorando por el pasillo. Esa vez no nos preocupamos de si había, o no, fantasmas. Nos dimos cuenta cabal de que el tema de los amoríos no era para nosotras. Quizás para compensarlo comíamos muchos dulces y aprendimos a hacer polos en el congelador. Nos enseñó Paloma, la chica que venía a darnos clase. Antes, cuando éramos más pequeñas nuestra madre nos daba lecciones y cuando supimos tanto como ella, cuando los libros que nos compraba papá dejaron de ser suficientes mamá se propuso convencer a esa chica para que viniera a casa. Había acabado Magisterio por ciencias, pero nuestra colección de bichos creo que le revolvió el estómago solo un poco menos que el vernos por primera vez. Porque hay que entender que para la gente éramos raras y, además, Paloma estaba embarazada. Al principio tomaba talidomida para evitar las náuseas, pasaba por el pasillo mirando hacia los lados, aunque nunca nos comentó nada, y notábamos que le costaba parecer natural. Pero no tardó en acostumbrarse a los soplos, empujones, susurros, olores y golpes extraños y a ser presa de nuestros encantos: éramos unas alumnas excelentes. Por eso le preguntó a mamá si cuando diera a luz podría traer a casa al bebé ya que pasaba aquí una gran parte del día. Nosotras nos entusiasmos y mi madre estuvo de acuerdo. Lo que no sabíamos entonces es que nuestro nuevo contertulio, Alvarito, también iba a ser peculiar: A él le faltaría un bracito. Colgando de su hombro derecho solo había un muñón con cuatro deditos. Quizás en otro ambiente eso hubiera sido una tragedia, pero en nuestra casa el bebé correteaba con el tacatá por el pasillo lo que debió de espantar a los fantasmas, pues no volvimos a sentir nada hasta unos años después. Mi hermana y yo le llenábamos de mimos hasta que Paloma nos llamaba al orden y entonces nuestra madre se encargaba del niño quien, cuando fue ya más mayor, también se aficionó a mirar cómo hervía la leche en el cueceleches y a birlar dulces en la cocina. Por aquella época, nuestra madre se empezó a teñir el pelo, a usar gafas para coser y ya no tenía el humor de antes. Papá seguía parando por casa solo a dormir y trabajaba hasta los fines de semana. Nos parecía que estaba cada vez más flaco. Cuando cumplimos dieciséis años nos regaló dos colgantes de resina. Yo todavía lo llevo puesto. Fue su último regalo. No notamos nada su ausencia. Al menos, no para mal. Nos quedó una pensión suficiente, además de la que ya teníamos nosotras, y nuestra madre contrató pintores, compró muebles nuevos y dijo que ya estaba bien de que estuviéramos encerradas, que éramos distintas, sí, pero con tanto derecho a disfrutar de la vida como los demás. ¡Y que el que no quisiera ver, que no mirara! Así que un día llamé a un taxi y nos llevó hasta la Catedral. Ya nos había prevenido que nos señalarían con el dedo. No se equivocó. No nos importó. Estábamos mareadas, pero felices, de ver tanta gente desembocando en aquella plaza para admirar las piedras milenarias. La sensación de adentrarnos en un lugar tan grande, tan fresco, tan majestuoso, con una luz tan increíble nos hizo impermeables a todo lo demás y despertó en nosotras el ansia por estudiar historia y arte. Como nuestro caso era tan especial, el rector de la Universidad consintió hacernos un examen de acceso y así fue como comenzó nuestra etapa universitaria, rodeadas de compañeros para quienes éramos sencillamente Carmen y Yolanda. Hubo momentos muy salados, otros desdichados, sobre todo porque no nos gustaba el mismo tipo de chico y eso era algo en lo que teníamos que coincidir. Afortunadamente nos presentaron a un moreno apuesto, rizado y bigotudo, estudiante vago y risueño que tocaba la guitarra y recitaba poemas, que nos hechizó en cuanto le vimos y al que le pareció muy exótico ser nuestro novio. Él nos ayudó a manejar nuestra peculiar sexualidad. Acabamos la carrera y encontramos trabajo tasando antigüedades. Solo nos querían pagar un sueldo para las dos y nosotras decíamos que si estaban contratando a nuestro cuerpo o a nuestras mentes. Al final lo resolvimos con salario y medio. Nos convertimos en unas personas muy populares y queridas porque hicimos la primera asociación de minusválidos físicos y síquicos de nuestra ciudad y todo parecía ir bien hasta que un pequeño rectángulo de tierra fue atrayendo hacia sí a nuestra madre. Poco a poco sintió que la vida ya no le interesaba como antes, que ya había cumplido su tarea, que nosotras nos las arreglábamos bien solas y, tranquila porque siempre nos tendríamos la una a la otra, decidió investigar lo que hay más allá de la vida. Una tarde, al volver de trabajar, nos la encontramos sentada en la terraza del salón, mirando hacia el Oeste. Pero no se fue del todo. De vez en cuando da tres golpes en la pared del pasillo. Es la señal que habíamos convenido cuando nos confesó que, en la época en que éramos pequeñas, ella también sentía los soplos, empujones, susurros, olores y golpetazos. Lo hace, sobre todo, cuando vienen a casa Paloma o su hijo, para saludarles.

Título: LA VIDA, UN BUEN TANGO, NO MÁS**Pseudonimo:** TUSITALA**Autora:** ROCÍO DÍAZ GÓMEZ

2^o PREMIO

Primer paso: Pies juntos.

Cuando me dijeron que tenía que hacer de hombre, casi doy media vuelta, y me vuelvo a casa. Después de que mi marido me dijera que no podía acompañarme; después de cuánto había insistido en que, aunque él no fuera yo no dejara de hacerlo, que las clases no eran precisamente baratas; después de que me vi allí sola, con la desazón de no saber con quién me tocaría bailar, cuando el que se había empeñado en que nos apuntáramos a las dichosas clases había sido él y solo él, que hay que fastidiarse... Después de todo eso llego y ¡tengo que hacer de hombre! ¿Yo? Pero si es la primera vez que vengo, si no tengo ni idea de moverme, si no he bailado en mi vida... ¿De hombre? ¿Pues no son los hombres los que dirigen? Pero aquel profesor tenía las orejas de adorno, y solo usaba la boca: “Aprender a bailar el tango son ocho pasos. Primero: pies juntos”. Y sin darme ni cuenta, me vi enlazada a la que sería mi improvisada pareja de baile...

Segundo: Paso a la izquierda.

“¡Hombres izquierda!” Me azuzó en voz baja el profesor. ¡Ah yo! No tenía asumido para nada mi reciente “cambio de sexo”. Qué papelón. Pobre de mí, estaba segura de que me miraban todos. ¿Pero por qué me dejé convencer? Que no puede, pues no pasa nada, otro día... Pero no, tenía que venir yo... ¿Y por qué no me he ido? Mejor estaría con la niña y sus ecuaciones. O con el pequeño recolocando haches en otro dictado. Mil y un dictados y serían pocos. Pero no, que mientras esperaba esa llamada laboral e ineludible, él se ocuparía de los deberes... Pero si no está acostumbrado, si no tiene paciencia, si es mi deber... Acabarán jugando y perdiendo el tiempo, lo sé. Ay si me viera mi madre: ¿No sería mejor aprender el papel de la mujer hija? Me diría. Y con toda la razón del mundo. Porque yo tampoco entendía nada ¿De qué me iba a servir a mí hacer de hombre? Y venga, venga, venga. ¿Me parecía a mí o iban tres veces que repetíamos el paso a la izquierda?

Tercer paso: Avance con pie derecho.

“¡Venga mujer...!” Insistía el profesor al pasar por mi lado. “¿Cómo que ¡venga mujer! ¿Pues no soy el hombre?” Protesté. Pero lejos de entrar en conflicto el profesor sonrió: “En el tango el hombre dirige los movimientos del baile con “seguridad y atrevimiento” y la mujer le sigue...”. Vamos que no solo tenía que hacer de hombre ¡sino hacerlo con seguridad! ¿Y qué más? ¿Dejo de depilarme? “Avance con pie derecho” me sopló mi pareja. “¿Cómo dices?” le pregunté, cayendo en la cuenta de que mi improvisada pareja seguía ahí, a mi lado. Y sin querer, tropecé con otra frase materna: “Dónde estés hija, saber estar”. Mi madre y sus frases. Por cierto, a este paso comienza el “Pasapalabra”, y yo sin recordarle sus pastillas... “Que avances con el pie derecho...” me repitió mi pareja de baile con una sonrisa. “Lo siento, has tenido mala suerte” le digo. “¿Mala suerte?” “Sí, de que te tocara conmigo...” “No, no lo creo” “Ya te digo yo que sí ¿No ves que no tengo ni idea...?” “De eso nada -contestó ella- tu mano está en mi espalda, llevándome con firmeza, sin clavarme en ningún momento los dedos “¿Ah sí? ¿Y eso es bueno?” “Eso es genial para ser un primer día, te lo aseguro yo, que soy la profesora de esta clase y ya me han regalado muchos cardenales con las yemas de sus dedos los hombres, los de verdad y los otros” —me dijo con un guiño. “Ah ¿Pero la profesora eres tú? ¿Y entonces él?”

Cuarto paso: Se reúnen los dos pies.

“Él también es profesor, pero solo hoy... Sí, no pongas esa cara, aquí nos cambiamos los papeles. El intercambio de roles hace que se comprenda mejor al otro”. “Ah, ya veo, y claro entre profesor y alumno ¿entonces también?” “Eso es...” “Ah, mira, pues casi como lo que hemos hecho hoy en casa, mi marido se quedó haciendo los deberes con los niños y yo a bailar...” “Y muy bien que lo estás haciendo, no solo me llevas fenomenal, sino que improvisas y vamos por donde tú quieres” “¿Yo? ¿Querer? Solo intento seguir

la música. Entre ella y los pasos... ¿No son estos los deberes?” “Y tanto, y que sepas que estás haciéndolos con nota...” “Ay pobre de mí, me veo como mi pequeño con las dichosas haches, las suelta donde le parece sin ton ni son, pues yo igual, llevo a mi cuerpo sin ton ni son... Anda que si me vieran con lo pesada que me pongo siempre con sus tareas” “¿Puedo preguntarte por qué eres tú siempre la pesada de los deberes...?” “Puedes, puedes. Pues no sé muy bien, supongo que porque tengo más paciencia... Mi marido prefiere ir a los recados, salir a la calle... Yo soy más perezosa para salir, pero más firme con los niños. En fin, no sé muy bien, pero lo cierto es que sí, tenemos esta división de tareas” “¿Y no es rutinario hacer siempre las mismas actividades?” “Pues, un poco sí, no te voy a engañar, pero...” “Ya veo, perdona mi atrevimiento, recién nos conocemos, pero yo te aconsejaría que alguna vez cambiarais, se pone uno en el lugar del otro, y se aprende mucho, de verdad. Cómo habéis hecho hoy...” “Bueno, hoy es que salto de improvisación en improvisación, a él le ha surgido una cuestión del trabajo y no podía venir, así que vine sola” “Ah pensé que venías sola porque querías” “Pues querer, querer... Más a regañadientes que nada, la verdad, pero vine, ya ves...” “Ya veo sí y te has hecho la dueña de la pista...” “Sí ¡menuda dueña! Aquí no lo soy ni de mis actos. Fíjate lo que te digo. Si siento hasta que mi cuerpo va solo... Increíble. Y además ¡bailando hasta con la profesora...! Ni me reconozco, con lo que necesito yo tener las cosas estudiadas y requetestudiadas antes de hacerlas...”

5

Quinto paso: Pies cruzados

“Como buena alumna. ¿Y con quién mejor ibas aprender que con la profesora? ¿O te arrepientes de haber venido?” “¿Que si me arrepiento? pues...” “Espera, espera un momento no me contestes todavía- me interrumpió- ¿Tú te has dado cuenta de que llevamos bailando casi tres cuartos de hora?” Miré entonces mi reloj y, sin dejar de bailar, moví mi cabeza de un lado a otro con una sonrisa, admitiendo sin palabras que no, ni cuenta. “Pues aunque ni nos hemos enterado, él - dijo señalando al improvisado profesor- iba diciendo los pasos y nosotras le seguíamos.

Sexto paso: avance hacia el centro con el pie izquierdo y el peso descansado en el pie derecho. Séptimo: avance con el peso descansado en el pie izquierdo y... Octavo paso: pies juntos.

“¿Te das cuenta? Ha sido de forma tan fluida que hasta dejaste de martirizarte con lo de hacer de hombre. ¿Y sabes por qué?” “¿Por qué al fin asumí que necesito un cambio de sexo?” “Nooo, pero me alegra ver ese cambio, pero de humor. No, simplemente porque sentíamos el movimiento mientras conversábamos...” “¿Eso es bailar? ¿Sentir?” “Sí. Eso es bailar, pintar, escribir, todo eso que nos apasiona y nos hace sentir/sentirnos bien con nosotros mismos. ¿Acaso no te has sentido bien?”

La clase terminó y no llegué a contestar si me arrepentía de haber ido. Lo cierto era que la había disfrutado tanto que olvidé que mi marido estaba haciendo los deberes con los críos y ya casi era la hora de los baños. Olvidé incluso repasar las pastillas con mi madre. Necesito siempre estar atenta. Olvidé todas las obligaciones y todos los resquemores, hasta olvidé mi dichoso cambio de sexo... Todo estaba bien. Aquella conversación, mi cuerpo, mi vida... yo. ¿Arrepentirme? Me sentía tan en paz, que ni tan siquiera sentí la obligación de contestar.

Pero en cambio, mientras volvía a casa, sí pensé que quizás no estaría nada mal que a la semana siguiente tampoco pudiera acompañarme mi marido... Y me regalé una sonora carcajada.

Títol: NO SÓC CAP ACTRIU DE HOLLYWOOD

Pseudonim: ELVIRA IBÁÑEZ

Autora: REIS LLIBERÓS MONFORT

3ER PREMIO

Desmai de finestres

{desmai: cobriment del cor, pèrdua dels sentits transitòria.}

Les cases del somni i les cases de la memòria. Més d'una vegada he somiat dues cases on hi ha objectes i moments viscuts, que em produeixen desig d'anar-hi, car s'hi guarden coses o situacions no habituals ja en mi o per mi perdudes.

L'optimista
Lluís Meseguer

6

Cada temps atresora la imatge d'una casa, com els cèntims estalviats a la vidriola. La memòria retrata els seus espais perduts, badalls de finestres, i els records espenten els caps dels dits i les ninetes dels ulls.

Mai no em vaig permetre abandonar l'espai on he crescut centímetres d'alçària, benestar de sentiment o de cos. Vull recordar quan mirava de puntetes per la finestra les flors del poncemer, els fils d'estendre la roba i les gotes de pluja. Ma mare, les vesprades de setembre, fent el camí de l'escola a casa, mentres jo em menjava la rua de mallorquina, em contava que totes les gotetes d'aigua tenen el seu lloc on caure. Però ara, gràcies a un accident fortuït, ha desaparegut la finestra dels primers anys, el prestatge de les catiusques, i la darrera de les finestres, i em sent tancada dins un núvol, poruga d'estar sotmesa a un procés de condensació d'aigua i sol, i vulnerable de caure del cel un dia de tronada, sense topetar un trosset de terra mullada o d'herba eixuta, on deixar el pes xopat del meu cos.

Els llibres i les pel·lícules ens diuen que els sentiments naixen, creixen i es pateixen al cor. Però, jo crec que l'òrgan més sensible als canvis atmosfèrics interiors, és el budell. El cor mai no deixa de bategar, els budells sofreixen els estats d'ànim més desfavorables i inclements, colpegen i fan esforços per a defensar-se. Un desmai de tristesa o desamor pot fer-te perdre més quilos que no menjar pa, xocolata o xoriç.

Em vaig fer gran a la casa del mas. Buscava a les pedres el sol i als riuets d'aigua dels barrancs, cudols mascarats. Vaig tindre la rosa, terra saonada i la mà de ma mare. Vaig ser feliç a una casa de parets d'argamassa, quatre finestres xicotetes i el balcó dels reis mags, on el vespre del cinc de gener, dins un cabàs d'espert, creixien les garrofes i el fenàs, que la creença familiar assegurava que eren les viandes predilectes dels seus camells famolencs. Recorde les sigolletes a la panxa per atendre l'arribada d'uns éssers fantàstics, que ben bé no sabia d'on venien, però que em portaven la il·lusió d'uns joguets nous de trinca i la possibilitat de somiar amb l'olor de les nines i les llapisseres de colorins a l'estoig de l'escola.

Hi havia la finestra menuda que mai no estava oberta. Sempre amb el pestell del pany tancat, amagava darrere els ninots de la cortineta i dins una caixa de cartó: dos pastorets, un matxo, el xiquet de bolquers, un grapat de bèsties domèstiques, i també, els reis i els seus camells.

Pensava que, si obria la finestra de bat a bat, podria tastar debades l'aigua blavenca i salada de la mar.

Se'm va estirar el cos i em va pillar fent forats a les finestres i fent més grossos els setanta metres quadrats d'un pis al poble, alçat amb rajoles i pòrtland. Vaig tindre granets i un xicot que em va descobrir la possibilitat d'habitar una casa sense barandats i una única estança, saló-menjador-dormitori, equipada amb butaques, un radiocasset i finestres de

fum obertes als estels, al bes púber i a la pluja de qualsevol estació. Mai els arbres, el vent i l'herba no havien estat tan prop del meu cos.

Tornava a casa primera amb una rua de mortadella i dos taronges a la butxaca.

Fent força per tancar una finestra que sempre tornava a colpejar, vaig trobar a la ciutat un racó de cinquanta metres quadrats i finestres de fusta.

L'enyorança de la pell mullada per les gotes de pluja, em va portar un artefacte de plàstic, instal·lat estratègicament, que em regalava la música d'una presència familiar i estimada. Sempre m'ha agradat mullar-me el cap al mateix compàs que els peus. La pluja és el regal d'un bon amic.

Mai els pensaments i el silenci, a soles, no havien estat tan prop del meu cos.

Tornava a ma casa segona qualsevol dimecres i amb mal de gola d'estiu.

Tornava a ma casa primera el diumenge a menjar l'arròs de ma mare.

Dissolent matins de dissabte, tallats curts de café i el suplement setmanal del diari, va aparèixer un company de sentiment i de claus. Va compartir amb mi pa, llençols, xampús i altres poemes amagats per la casa, i van obrir finestres de doble vidre.

Hi havia una finestra, un lledoner i un pit-roig que m'ensenyaven al camí de les estacions. Quan a l'hivern l'esquelet del lledoner apareixia per la finestra, jo recollia les fulles, les cremava i el fum que s'enganxava a la pell, em parlava del ressorgir d'un temps nou i de la festa de l'ànima per haver trobat amb qui compartir un dia i un altre també.

Mai la paraula senzilla i sencera, el gest i l'estima ampla, com un plugim de tardor compartida a les galtes i a les mans de l'home, no havien estat tan prop de mi.

Tornava a ma casa tercera quan necessitava un cau solitari i tenia els peus gelats.

A la casa primera tornava cada diumenge a menjar l'arròs de ma mare i a la segona vaig deixar de visitar-la quan estava constipada.

Cada persona té assignada un nombre restringit de cases, però jo no vaig saber créixer i abandonar les seues finestres. A cada rebaix, vaig guanyar i perdre sentiments.

Ara no tinc al món, una casa, una mare, una filla.

Cada dia, els minuts més llaminers s'apeguen a les parets dels budells. Plens de desig, d'anhels, de por, banyen els teixits. Escolten la plorera dels òvuls, que perduts als quaranta-dos anys, saben que no sóc cap actriu de Hollywood, que no dispose de cap renda vitalícia, que tinc un sou de secretària. I cap home disposat a fecundar-los.

Sent que he desaprofitat l'espai on caure i mullar la terra i l'herba.

Hi ha finestres que no es poden obrir perquè ens protegixen de l'aire quan bufa maliciós, de la rosada del matí, de les inclemències de la salut del cos i l'ànima, però un accident domèstic, produït per la patologia incurable del desamor, et pot deixar sense la finestra de la teua vida i posar en el seient del cor, un desmai deficiós als budells i a la memòria.

Título: LAS CABELLERAS

Pseudonimo: LOBEZNO

Autora: M. IVÁN PÉREZ FERNÁNDEZ

El despertador. Rock FM, hay que empezar con fuerza. Tardo en encontrar el baño. Alguien lo ha movido de sitio. Él se ha marchado temprano. Ya solo queda su olor. La del espejo no soy yo, me repito. La del espejo no soy yo. Ese color es cosa de la luz. Halógena. Artificial. Mentirosa. Bostezo y me meto de nuevo en la cama atraída por su fuerza gravitacional. Por suerte algún sueco ideó el snooze. Joder, qué tarde. No llego, no llego. Niños, ¡arriba! ¡Ya! Venga. Paso ligero. El menor me mira y me sonrío y luego llora cuando se le cae el chupete. El de cinco anda sepultado bajo las sábanas y el edredón y las dos mantas y mi excesivo recelo del frío. Es invierno. Dudo que consiga moverse. Realizo las excavaciones y consigo sacarlo a flote. Está empapado. Todavía no sabe lo que es el snooze.

Para uno leche fría y cereales. Al otro a estas horas solo le entra mi teta. Mama mientras me maquillo. Mientras me visto. Mientras de nuevo voy al baño. Cambio de pecho sin que parezca enterarse. Sigue mamando con la taza de café bien cargado sobrevolándolo. Mientras hago las camas. Mientras pongo la lavadora. Mientras visto a su hermano. Y cuando ya nos vamos suelta los gases poniéndose perdido él y mi camisa de seda blanca. Lo cambio. Me cambio. Si me concentro puedo oír los gritos de mi jefa enfadada.

El coche es de dos puertas. La espalda se queda fuera. ¿Qué sueco inventó el engranaje maldito de las sillas de niños? Mierda no hay gasolina, me grita la reserva. El chico de la gasolinera me mira. Tiene que pagar en caja, me dice. Me hago la madre soltera y pongo cara de pena mientras rozo con mis dedos la cara del mayor. Lo siento, tiene que pagar en caja, me repite. Pero no podría usted... Me quedo hablando con el vacío. El datáfono está tardando en conectar, me sonrío el de la caja. La cola crece, también las quejas. Abandono la gasolinera con el dependiente parapetado tras el mostrador. De soslayo lo veo alzar el datáfono como rindiéndose. Luego un grito.

Los dos niños se han dormido. Leo en la etiqueta del ambientador por si su fragancia es de cloroformo primaveral. Por las mañanas me siento mala persona. Paso a toda velocidad por un paso de cebra donde una doña en andadora quiere pasar. Ahora no. Lo siento. Madre con prisa. Al dejar al pequeño en la guardería dice su primera palabra: "Teta" y me señala ante la mirada divertida de su cuidadora que me recuerda que la próxima semana habrá tutoría. Pero si no sabe ni hablar, le digo. Ella se hace la sueca. No podía ser de otro país.

La cola para dejar al mayor en el colegio parece una hebra descolgada del horizonte gris. No tiene principio ni fin. El coche se mueve con pequeños espasmos. Centímetro a centímetro. Una fila de señoras con andadora nos adelanta sin forzar. Una de ellas me hace un corte de mangas. Es la del paso de cebra. Hago como que no la veo y miro para otro lado. Pero mi hijo la imita y ahora saluda así a todo el que ve por el cristal.

A unos dos kilómetros del colegio dejo al niño en la acera y le digo que corra un poco hasta el cole, que eso le irá bien para crecer. Se despide con un corte de mangas. Yo con un beso restándole importancia. Otros padres comienzan a hacer lo mismo y todos coincidimos en decirle adiós a una fila de enormes mochilas que parecen esconder niños en su interior. Qué rápido crecen, nos confesamos unos a otros. La acera se pone perdida de suspiros.

Al llegar al trabajo mi jefa me grita, me habla de proporciones y de productividades fijas. Luego llora y me confiesa que su marido aún no tiene decidido si la quiere. Yo trato de darle un abrazo a distancia. No se me da bien consolar a nadie. ¿Estás bien?, me pregunta. Y yo asiento mientras es ella la que llora. A las cuatro el nuevo becario ya la hace reír holgadamente. A las siete se marchan a tomar unas cervezas. Antes de irse me

enseña un whatsapp que le ha enviado a su marido: cariño, mejor nos tomamos un tiempo. Quiero que estés seguro. Y luego me pica el ojo mientras su cabeza se ladea leve hacia el becario. Enseguida me pregunto qué andará haciendo mi marido.

Y debo estar casada con el mismísimo Houdini porque al segundo me manda una foto al móvil con los dos enanos en un parque. En los parques ya no hay niños, me dice. El mundo se queda sin niños. Con tanta actividad extraescolar estamos creando adultos de baja talla. Mi marido a veces se dedica a pensar en cosas profundas y las anota sin ponerle inicio ni final. Luego, al tiempo, las releo y se queda un rato meditando qué quiso decir con todo eso. Ese es mi marido. A veces le hablo y él parece prestarme atención pero no sé si de verdad puede oírme. Es como si siempre andara a la deriva. El mayor lo adora porque cuando le pide permiso para hacer algo tarda tanto en contestarle que para cuando le da la respuesta el niño ya lo ha hecho. Es un buen padre.

Son las ocho. Hora de irse. Me doy cuenta de que todavía no he comido. Suspiro como reprochándomelo a mí misma. Las tripas me mandan un leve aviso. Todas las de la oficina me recuerdan lo guapa que estoy. Yo les sonrío. Bajamos en el ascensor y ninguna sabe bien de qué hablar. Es difícil ser una persona fuera del trabajo. Mi marido diría que vivimos alienados. Nos despedimos con un infinito hasta mañana. Es el déjã vu de las ocho y cuarto.

Creo que llegaría antes a casa andando que en el coche. Cada mañana me lo propone mi conciencia verde pero ella no lleva tacones. Y yo todavía me canso en las cuestas. Cuando llego a casa mi marido ya anda desesperado y los niños se han cansado de decirle qué es lo que tiene que hacer ahora. Se abalanzan sobre mí como si la eternidad durara una jornada de trabajo. Luego la cena. Un cuento. El abrazo. El beso. Otra vez el abrazo. De nuevo el beso. La respiración pausada. Y por fin el olor a sueños.

Cuando llego al cuarto, mi marido ronca sentado. Lleva a Kant en el regazo. Le apago la luz de la mesilla y con cuidado lo guío hasta tumbarlo. Pero se despierta o habla en sueños, no lo sé con certeza. ¿Qué tal cariño?, me dice. Y yo le digo que estoy bien. Él me acaricia con suavidad la cabeza. Estás muy guapa, me susurra. Qué manía le ha entrado a todo el mundo. Le doy un beso pero él ya se ha ido.

Por fin me meto en la cama. Pongo el despertador sin mirar la pantalla. No quiero saber la hora que es. Al estirar los pies bajo la sábana noto la cama ocupada por cientos o quizá miles de piernas y brazos articulados. Rebusco debajo y encuentro todos los playmobil de mi hijo haciendo una sentada. A punto estoy de gritarle que venga a recoger sus juguetes pero pronto será de día. Así que uno a uno comienzo el desalojo.

¡Mamá mamá!, me grita mi hijo desde su cama. Trato de despegar los párpados, abrir la mañana. Quizá tenga claustrofobia bajo todas esas capas de ropa de cama. Dos o tres muñecos se clavan en mis pies desnudos. Consigo quitármelos de encima y nerviosa recorro los 15 metros de pasillo en 1,5 segundos. Es mi mejor marca. ¿Has visto mi regalo mami?, me dice una enorme sonrisa y un niño desde la cama. Recobro el resuello. Si te referes a todos esos muñecos... Sí, los he visto. Te agradezco el regalo hijo, me ha encantado, de verdad. Eres un sol. Te mereces este enorme beso. Mi hijo me sigue hasta mi cuarto. El otro todavía duerme. Coge uno de sus muñecos entre sus diminutas manos y me lo muestra con cierto orgullo. Tardo en darme cuenta de que al muñeco le falta la cabellera. Y también a otro que anda cerca. Y a otro. Y a otro de más allá. Y a todos los que se arremolinan en el suelo. Mi hijo agita divertido una bolsita de plástico transparente. Guarda en ella las pequeñas cabelleras de todos los colores y tamaños. Sonrío. ¿Cariño por qué has hecho eso? Mami, ellos me han dicho que también esperarán a que les crezca, me dice, como haces tú cada día. Y las lágrimas solo me consuelan diciéndome que un solo día en mi vida, uno cualquiera, me basta para saber que ya no estoy enferma sino viva.

Título: ¡SALVE, NENA!

Pseudonimo: MANANDRAMI

Autora: ANA M^a CEBOLLERO DE TORRE

10

Recuerdo con sorprendente nitidez el día que mamá comenzó a marchitarse, aunque entonces no le diera yo importancia pues en nada se diferenciaba aquel proceso del que sufría la naturaleza circundante estación tras estación. Mamá se me antojaba un roble, como si al igual que el árbol esperara que la milagrosa primavera regenerara sus tejidos antes de desprenderse de las hojas muertas. En la naturaleza todo es sencillo, repetía a menudo, hay que dejar que actúe según sus criterios, no llevarle la contraria. Y la enseñanza había calado en mi cerebro como la lluvia en la tierra. Esa mañana me pidió que recogiera unas cuantas hojas de las que el viento oeste del otoño había arrancado a los nogales. Su voz apenas era audible pero habíamos aprendido a comunicarnos casi en silencio, una suerte de telepatía. No soy un roble al fin y al cabo, cariño, musitó. Algo en su entonación dibujó sombras oscuras en mi alma por primera vez. Se dejó ayudar para incorporarse sobre los almohadones, descomponiendo un poco su sempiterna sonrisa aquel esfuerzo. Tras echarles un vistazo, esparcidas sobre la colcha, seleccionó la hoja más parda y la depositó sobre su brazo, vuelta la palma hacia arriba. Por debajo de la lechosa blancura de su muñeca se adivinaba el discurrir calmo de unas venas sin color que se asemejaban ya mucho a los nervios exangües de aquel pergamino. Comprendí lo que quería decirme y la libré del suplicio de tener que explicármelo colocando mi mano sobre la suya, fría como el hielo. Exhaló un hondo suspiro, acarició mi mejilla y después se fue durmiendo con placidez. Permanecí un día entero a su lado mirándola irse. El moribundo sol me sorprendió llorando sobre su pecho inerte. Tenía yo trece años.

Hubiera podido disfrutar de tres hermanos, cada uno de un padre diferente además, pero ninguno de aquellos embarazos llegó a término y tras el último mamá perdió para siempre su capacidad reproductora. Todo es por algo, se repetía en voz alta si el ánimo flaqueaba ¡Vas a ser la hija más mimada del mundo!, decía riéndose para protegerme de su tristeza. Luego el frenesí de cien cosas que hacer a la vez para ahuyentar melancolías y, al final, moraleja: no hay cosa mejor que una buena tristeza para valorar en su justa medida la inmensa suerte de sabernos sanos y vivos. El equilibrio universal depende de cosas así. Y no lo decía por decir, creía firmemente en ello, quizá por eso sólo enfermó una vez y murió despacito. Cuando sintió los primeros síntomas decidió regresar a sus raíces. Emprendimos camino, felices, hasta la aldea que la vio nacer, entre el mar y la montaña. Para una niña, aquel cambio fue como tocar el cielo. Tres años pude disfrutar de la gloria en su compañía.

Los hombres se prendaban de mamá con la misma facilidad con que la abandonaban después, al hacérseles patente que nunca sería del todo de ellos. Porque mamá no pertenecía a nadie y los hombres en general necesitan desarrollar esa faceta de posesión que les da seguridad. Descolocaba a tanto pretendiente esa mujer bajita, rechoncha, de pelo cortísimo y ojos muy pegados que vestía ropas holgadas de mercadillo y sólo se pintaba los labios porque le encantaba el sabor del *rouge*. Pese a tal desaliño y ausencia de glamour, mamá resultaba irresistible. Tenía duende. O ángel. O como cada cual quiera llamarlo. Y la gente se sentía bien sólo con tenerla cerca. Como el agua brota del manantial, así lo hacían de mamá su envidiable serenidad y una alegría capaz de contagiar a cualquiera que coincidiera con ella. Era feliz porque se sentía única y a la vez parte de esa naturaleza de la que extraía su fuerza. En la naturaleza, declaraba, todo ocurre porque tiene que ocurrir, ahí reside el secreto de la vida.

Mi padre, su único marido que me conste, un norteño guapísimo que bebía los vientos por ella, también se marchó. Con disimulo y alevosía, aprovechando el crepúsculo. En opinión de mamá, cada atardecer el sol se cobraba su tributo por permitirnos vivir. Es curioso cómo la memoria, esa gran mentirosa, guarda a buen recaudo y con todo lujo de detalles algunos episodios de la vida, los que van asociados a algo impactante. Tal vez por eso conservé un vívido recuerdo de aquella tarde. Mamá supo de inmediato que él no regresaría, adivinaba con pasmosa facilidad las intenciones, pero aun así no hizo amago alguno de detenerlo. Siguió con su labor de punto y me dedicó una de sus benditas sonrisas. Yo seguí jugando sobre la alfombra como si nada. Mamá se acababa de aplicar su propio dogma existencial, de acuerdo con el cual la dependencia emocional conducía a grandes desastres. Aunque bien pudiera ser, y lo afirmo desde la distancia que da el tiempo, que aquella sonrisa pretendiera ocultarme la honda pena de haber perdido a su gran amor, ese hombre bello y atlético al que ella se refería como “mi emperador romano” y cuya hermosa cabeza en verdad parecía cincelada según cánones clásicos. Asumiendo el rol, que por otra parte le divertía, papá se pasó una buena temporada entonando un ¡salve, nenas! con el brazo en alto cada vez que entraba en casa. Nos reíamos mucho entonces. No dejó de mandar dinero, quería que estuviéramos bien. Como si eso fuera lo más importante. Conforme iba sucumbiendo a la adolescencia, mayor daño me provocaba su recuerdo, extrañamente cruel cada vez que me peinaba ante el espejo. No era consciente aún de cuánto empezaba a parecerse mi perfil al suyo.

No me sorprendió ver llegar a tanta gente para el sepelio sin que se la hubiera avisado. A mis ojos de niña eso entraba en lo normal tratándose de mamá. Le habría rogado sin duda al viento del sur que fuera raudo a propagar la noticia entre los suyos. Y allí estaban, en tropel, llegando desde mil puntos diferentes a tiempo de despedirla bajo los robles. Entre todos aquellos rostros emocionados, distinguí uno que me provocó una intensa excitación ¡Papá!, grité. Apenas había cambiado, se mantenía fiel a mi memoria. No me atreví a lanzarme a sus brazos hasta que él levanto el suyo y exclamó, como solía:

¡Salve, nena!... ¡Pero qué guapísima estás, hay que ver cómo te pareces a tu madre!
Y en su sonrisa de par en par toda una promesa de futuro. FIN

Título: MELEK; UNA MUJER UYGHUR

Pseudonimo: ULUISES

Autor: LUIS ANTONIO SALVAGO LÓPEZ

Jyrgal nunca había necesitado guantes para trabajar. Desde niño, se había acostumbrado a manejar el ladrillo cocido como si su áspera superficie no le hiciese el más mínimo daño a sus manos. Durante años, la fábrica de ladrillos dio trabajo a muchos jóvenes de Kashgar, pero hacía ya algún tiempo que la fábrica había cerrado y sus manos y las de todos los que trabajaban con él tuvieron que buscar una utilidad en otra parte. Al contrario que a la mayoría de sus compañeros, a Jyrgal le trajo sin cuidado perder su medio de vida, estaba habituado a ganarse la comida favorecido por la fortaleza de su físico y la naturaleza de su carácter.

Era un hombre robusto, de altura por encima de la media, de anchos hombros, mentón prominente y un espeso y gran bigote que atraía la mirada; sólo sus espesas cejas y su piel atezada lo confundían con un *uyghur*. Pero Jyrgal era *kirguiz*, y estaba profundamente orgulloso de ello, aunque una vez escogiera como esposa a una *uyghur*. Aun así, tiempo atrás se había considerado una persona afortunada, porque aquella mujer correspondía con lo que él consideraba una buena esposa, según la costumbre de su patria de origen. Ella sólo tenía dieciséis años y pertenecía a una familia acomodada del extrarradio en la que todavía quedaba por casar una hermana menor.

12

El matrimonio había funcionado bien hasta que un médico de la ciudad le dijo que si alguna vez había pensado en ser padre, no sería con su mujer. El médico era tartamudo. Y cuando Jyrgal escuchó de su boca la fatídica sentencia pronunciada entre repeticiones, trabas y abruptos silencios le rodeó la garganta con una sola mano y la apretó hasta que la piel de su rostro adquirió un matiz azulado. Su esposa se tapó la boca, espantada de ver que su marido manifestaba con esa violencia la profunda frustración que desde ese momento siempre sentiría. Antes de abandonar el consultorio, Jyrgal escupió sonoramente sobre la alfombra de cachemira que cubría el suelo del recibidor y lanzó una mirada de amenaza al médico. Desde entonces Jyrgal, que había visto cómo la fortuna de la que presumía le había sido esquiva, empezó a considerar a su esposa como un elemento decorativo que deambulaba por su casa moviendo los objetos de un lado para otro sin ninguna razón aparente y cocinando más pan del que podían comer.

Jyrgal adquirió el hábito de llegar tarde y excederse con el vodka que le traían del otro lado de la frontera. Junto al muro que flanqueaba la casa por la entrada principal existía una hilera de altas acacias. A finales de verano sus hojas se cargaban de pequeños frutos de color marfil, con un hueso duro dentro de su pulpa; los árboles soltaban los frutos durante varios meses. Cuando Jyrgal abría la pesada puerta de madera del patio y entraba en la casa, ella se despertaba, luego escuchaba el claqueteo de los huesos incrustados en las ranuras de sus botas de trabajo sobre el suelo de la cocina.

Muchas noches escuchó el golpeteo de las semillas sobre el cemento, el rugido de las embestidas, el peso de su cuerpo sobre el abdomen –tantas veces, que incluso hubiera podido calcular su peso en sacos de harina sin temor a equivocarse–. Luego sus ronquidos, la tenue luz de la ventana y el chirrido de los insectos nocturnos. Fue en esos momentos cuando la joven empezó a darse cuenta de que los abrazos de su marido no buscaban en ella más que una alfombra que le adornara la vista y donde poder escupir.

Un día que volvía de la casa de té, se acostó junto a ella. Su ropa despedía un fuerte olor; una mezcla acre de sudor, tabaco avinagrado y restos secos de comida que salpicaban su ropa como costras endurecidas. Era una noche de luna y, a través de la ventana abierta, penetraba un resplandor metálico que brillaba en la piel grasienta de Jyrgal. Melek, que siempre

intentaba evitar que la descubriera despierta, abrió los ojos y observó su boca abierta, de la que surgía un rumor vago y profundo, que parecía arrancar del fondo de sus tripas. Se acercó lo suficiente como para notar la espesura que brotaba de su boca, ascendía hacia el techo, se arremolinaba y se quedaba suspendida encima de sus cabezas. Esa noche, quizá porque el olor de su cuerpo era más acentuado que nunca, o porque el hueco de sus vísceras resonaba más que otras noches o, tal vez, porque comenzaba a aborrecer el canto de los grillos, encontró un nombre para lo que sentía. Se acomodó en la almohada y recordó el ruido que los huesos de acacia producían con sus pasos. Sí, dijo en alto, asco.

Permaneció unos minutos con esa palabra en el pensamiento: asco, volvió a repetir. Levantó una mano y, con un golpe suave, tocó el hombro de su marido para despertarlo. Lo intentó varias veces, hasta que escuchó un mugido de enfado. Melek se incorporó en la cama y, sin mirarle a los ojos, le pidió que le permitiera volverse con sus padres. Él tardó en reaccionar, tal vez porque necesitaba asegurarse de que estaba despierto. Cuando entendió lo que Melek le estaba pidiendo, alargó la mano por encima de su cabeza, arrancó de cuajo uno de los ornamentos del cabecero de la cama y levantó el brazo. El golpe la cogió tan desprevenida que no le dio tiempo a cubrirse con las manos. No eres mujer, le gritó. Él volvió a pegarle, aunque Melek había cogido la almohada y se la había puesto en la cara. Jyrgal se subió encima de ella y le arrancó la almohada de las manos. No eres mujer, dijo otra vez y le dio otro golpe. Cuando el *kirguiz* distinguió en su rostro la oscura marca de sangre que le recordaría para siempre que no era la dueña de su destino lanzó con rabia el trozo de madera contra la pared y luego la poseyó.

Cuando a la mañana siguiente se levantó, él ya se había ido. Fue al baño y se miró en el espejo. Fue difícil que el agua fría limpiara la sangre. Abrió la ventana, como si con ese acto dejara escapar el estupor de la noche. Los estridentes gritos de unos niños llamaron su atención. A unos pocos metros había un carro de chapa enganchado a la grupa de un asno; unos niños golpeaban con un palo el marco de hierro y, alguna que otra vez, sacudían las ancas del animal. Contempló la escena como si deseara que ese instante quedase grabado para siempre, hasta que no pudo aguantarlo más ¡Basta!, gritó. Pero los niños la miraron sorprendidos y continuaron con su juego.

Pocas semanas después notó una extraña náusea. Su vientre y sus pechos comenzaron a hincharse. De pronto, se sintió invadida por una especie de felicidad incompleta. El temor a que su marido lo descubriera le impedía conciliar el sueño. Pero sabía que solo tenía que dejar pasar algo de tiempo, el tiempo suficiente para convencerse de que no debía darle lo único que esperaba de ella.

Una noche en que le pareció que los arrancados gañidos de su marido resonaban más que nunca, se levantó a oscuras, dejó el embozo cuidadosamente alisado en su lado de la cama y se vistió. Luego salió al patio, abrió la despensa, cogió un saco y lo llevó arrastrando hasta la cocina. No se preocupó de no hacer ruido, no importaba, él no despertaría hasta bien entrada la mañana. Encendió el horno, descosió el saco y llenó varios baldes de harina que luego vertió en la artesa. Echó agua, sal y levadura, se subió las mangas y empezó a amasar. Empujaba la masa con las dos manos, doblaba, empujaba, sudaba, empujaba, moldeaba. Notó el sudor empapando el pañuelo que llevaba anudado en la cabeza y la tensión de los brazos con los tendones resaltando bajo la piel, sintió su voluntad reafirmada y un agudo escozor en la cicatriz de su rostro.

Cuando el horno ya estaba suficientemente caliente, introdujo varias obleas y siguió amasando más pan y sacando el que ya estaba cocido. De ese modo pasó el resto de la noche hasta que amaneció; cociendo *nang* y apilando uno sobre otro encima de la gruesa tabla de madera donde todos los días ella y su marido comían. En el momento en que el cielo hubo perdido su oscuridad, miró hacia la mesa. Ya tienes todo el pan para el resto de tu vida, dijo en voz alta. Entonces, como si el matrimonio con el *kirguiz* no hubiera sido más que un episodio triste y pasajero de su vida, guardó en una maleta la foto de su familia, algunas joyas que le habían regalado sus padres y un poco de ropa. Salió a la puerta del patio, la cerró de un golpe y recorrió unos metros bordeando el exterior del muro como si una atadura invisible la impidiera escapar. Un sonido familiar le hizo mirar al suelo: los frutos de la acacia rodeaban sus pies como pequeñas semillas de conciencia.

Se detuvo y alzó la vista; los vencejos rozaban el tejado con la punta de las alas y los rayos anaranjados del sol emergían por detrás de las copas de árboles. Respiró. Prestó atención a los sonidos para que nunca pudiera olvidarlos y supo que lo mejor que podía llevarse de esa casa ya viajaba con ella.

Título: ROBERTO ALBA

Pseudonimo: LA SALUD EXTRANJERA

Autor: SALVADOR GALÁN MOREU

Camino lentamente entre las columnas de cajas superpuestas, etiquetándolas una a una en esta sección que nadie pisa jamás. Estoy sola y los gases tóxicos pasan sin rozarme. Una enferma terminal puede desempeñar tareas que los demás temen. Tú no comprendiste mi utilidad moribunda. Si me hubieras permitido regar las plantas o contemplar el vuelo de una mosca, aún seguiría contigo. Tus espías sanitarios te han dicho que no me conviene estar aquí, que ni el clima ni la comida son buenos, y tú te sientes *responsable*. Pues bien, te eximo de esa carga; te aseguro que desde mi llegada ni estoy débil, ni toso, ni sangro. Y cojo la bicicleta todos los días, aunque llueva, que aquí llueve siempre. También te han descrito la insana fábrica donde me emplean, *el balneario de estraza*, lo llamas. Es cierto; más que aire, respiramos el cartón que nuestras manos cortan; todo está empaquetado en rectángulos y cuadrados de este *bendito material*. Ellos afirman que estoy obsesionada, que para mí no hay nada más allá de las cuatro paredes que delimitan mi espacio laboral: *tu nueva dolencia*. Sé bien que *la vida no puede reducirse a un polígono productivo*, pero tampoco creo que empiece exclusivamente cuando suena la octava bocina y se abandona. Por eso quizá pienso en ti entre la cuarta y sexta, aunque no te lo creas.

Dices que me imaginas *anormalmente gruesa y pálida, con la voz enronquecida y robando en algún centro comercial*. Me ves *borracha en una playa nocturna* y añades que tal vez alguien acariciará mi vientre. No tienes ni idea. Aquí no hay playa, apenas raquíuticos pasillos de arena entre las presas. Los canales apestan, el agua está fría, y la barriga no me la toca ni Dios, pero me alegro de tus progresos poéticos. Después de todo es lo único que te importa. Siempre necesitaste de retórica para quererme: metáforas que me mantuviesen en cama, imágenes que me distrajesen de ungüentos y vahos, sinécdoques que me ayudaran a morir. *¿Por qué rodearte de obreros polacos, búlgaros o ingleses, por qué buscarte en cada uno de sus músculos tatuados, en sus diminutas colillas tristes?* Pareces estar tan inspirado sin mi convalecencia, que si supiera, daría gracias por ello.

Me quedo, no por eludir el tratamiento y sus sacrificios, sino por no oír tu voz llamándome lastimeramente. Aquí resulta fácil levantarse de la cama. Nadie se dedica a traerme recipientes humeantes de infusiones o sopas, *la vida no es una gran fábrica, bolsas de agua caliente, un bocinazo para empezar*, ejemplares del Reader Digest obsoletos, *otro para acabar*, paños fríos, termómetros, *y entre medias*, almohadas supletorias, orinales, *varios descansos o breaks*... Debes saber que durante esos pequeños altos en la actividad me siento feliz. Mi fatiga tiene un sentido. Odiaba sudar entre mantas eléctricas de colores, prefiero hundir la cuchilla, seccionar las piezas y sentir cómo se desliza el líquido caldeado por mi frente. Además ya sé qué hora es, y sólo una vez al día tocan las 12:37 P.M. que marcaba siempre el despertador de tu madre; te pedí mil veces que lo llevaras a arreglar y tú que qué más te da si estás enferma. Así me querías: instalada en esa anodina hora, ahogada en un sudor artificial y pulsando el chirriante interruptor que mandaste instalar junto a la cama, *te ofrecen una invitación falsa para ser dueña de ti misma*, y tú mientras componiéndome versos, *entonces les haces el favor inexpugnable de vivir un poco más*, largas elegías en mi honor para un futuro inmediato, *y das sentido al nuevo bocinazo que ya anuncia el fin o el principio otra vez*, como un triste poeta de naturaleza previsor.

Que me engañe, te dicen, que el reposo es esencial para que me conciencie de mi propia agonía. ¿No lo entiendes? Me agota estar enferma. Prefiero estropear un diagnóstico ajeno que alargar mi existencia bocabajo. Tú no soportas las buenas metáforas: si no son tuyas, te escuecen. Aquí se me ocurren tantas... Me pregunto si será esta fábrica el poema que anhelabas componer. Hago como si te aparto la mirada y suspiro brevemente. No lo escribirás nunca.

En los comedores hay grandes ventanales donde resbala la lluvia. Cuando están limpios, puedo observar ese paisaje llano que me hechiza, y a veces me descubro sonriendo al café de máquina. Entonces me gustaría encontrarte; oh, cuánto tiempo, ¿no me digas qué trabajas aquí?, y vernos cada día, no todo el turno, claro, tal vez al fichar, y luego, entre tarea y tarea, me guiñas un ojo, yo te cuento cómo fue mi primer embalaje, y me escuchas orgulloso, aguantándote las lágrimas. Iríamos desconociéndonos poco a poco hasta empezar de cero... Pero el café quema y la sexta bocina irrumpe con su sonido mate.

Pudiste haber creído un poco en mi salud. Todas aquellas punciones lumbares, suturas, quimioterapias, telemetrías, exploraciones... mi vitalidad siempre fue tímida pero tanto acoso la estaba desintegrando. Me estiraron, malearon y aplastaron, y aún así, no encajaba en mi historial. Contrataste doctores de exageradas encías rojas y olor a gárgara que extrajeran mis quehaceres y determinaran con exactitud la debilidad de mis tobillos. Yo no escapé. Yo simplemente vine aquí. Me habéis buscado por el mundo de los sanos como una fugitiva anémica, pero sólo disteis conmigo tras abandonar las pistas contagiosas. Antes no podía dar un paso sin ahogarme, ahora me llamas *suicida en bicicleta*. Y aún te preguntas de dónde salieron las ganas de irme. Cuando el trabajo acabe nos iremos a un parque y fumaremos; daré largas y suntuosas caladas a mi pipa de agua y sentiré luchar a mis pulmones, pugnando por funcionar un poco más. No se me ocurre nada mejor que hacer por ellos. Después regresaremos a casa y cenaremos temprano. Enseguida es de noche, las puestas de sol y los amaneceres no existen: se suceden. Cambios vertiginosos de la luz en penumbra, y viceversa. Nuestras noches eran largas; mientras me preparabas caldo hervido, imaginaba largos paseos por la cocina, *esos alimentos no son los idóneos*, dices, y yo quisiera tocarte, ponerte nervioso, hablarte de mis amigos o del hotel nudista. Me gusta pensar que tus tortuosos cuidados se originaron a partir del deseo, ¿o estabas convencido de que sanaría padeciéndolos? Nunca me quisiste.

Después de comer fregaré. Los cubiertos no se me resbalan entre los dedos y el agua no empapa mi cara, *espurreada por el trampolín deslizante de los platos hondos*. Evita las metáforas, aquí incluso gano. Sí, venzo a las cartas cuando tenemos fuerzas para jugar o a los dardos en el pub. Tú ya no me retas a permanecer inmóvil, ni elogias mi resignación. Todo aquello perdido de antemano lo alcanzo de un brinco. Por cierto, ¿cuál era el nombre exacto de mi mal?, nadie me lo dijo, quizá ese *escapismo irresponsable* al que aludes se trate de un síntoma. No dejaría de ser algo esperable. Compruébalo. Nada debe cambiar. Dentro de esta aventura aburrida, carecerte se ha revelado como el más valioso de los analgésicos, y ni siquiera soñar que desoyes a tus esbirros, admites mi recuperación y nos olvidas, me tranquiliza tanto como tu miedo. Jamás conseguirás salir de mi habitación vacía. Jamás podrás volver al exterior tú solo. Ellos se burlaron de mi mejoría. Hubo uno canoso que incluso señaló una tumba gris con el dedo índice. Tú añades que *en medicina ninguna sorpresa fue nunca sincera*. Yo desde aquí, sonrío y me enamoro de mi maravillosa vida. *Vuelve*. En el punto final está nuestra frontera.

Título: NUESTRA CAMA

Pseudonimo: VILLA BYRON

Autora: MARINA IZQUIERDO

Apenas cabes en esa cama improvisada, sofá de día y centinela en la noche. Los pies se te salen y tu espalda la cubre por completo pero no protestas, te dejas caer y a dormir. Y más aquí, donde los días se desdobl原因 en horas y los miedos nos dejan exhaustos. Siempre me ha asombrado tu capacidad para coger el sueño, tu beso de buenas noches seguido de un ronquido. A no ser que la noche se alargue en caricias. Porque siempre lo has tenido claro: en la cama a dormir o a amarnos, que tenemos todo el día para hablarnos. Y a mí me de la risa. Porque eso era antes, de novios, ¿te acuerdas? Las tardes de domingo escribiendo el futuro sobre nuestra piel, los bancos del parque en los que espantábamos el frío a besos. Ahora cada vez nos cuesta más robar minutos a las horas, arañar un rato de silencio a cuatro manos, hasta que decidimos salir a cenar los dos y comernos todas las palabras que nos debemos. Terapia de pareja al calor de una copa de vino y el rojo de una vela. Hablar sin reloj ni interrupciones. Qué bien sienta...

Lo que sí me sorprende es tu duermevela porque al más mínimo requerimiento te incorporas como si en el sofá cama se activara, con una palabra mía, uno de sus muelles a propulsión. Con los ojos a medio levantar, el pijama girado y los pelos alborotados en almohada ajena. Masticas el sueño y me atiendes sin chistar, con lo protestón que tú eres... “Súbeme un poco cariño, tengo pis, llama a ver si me pueden traer el calmante ya, por favor”. Y en tus ojos se agranda la ternura de todos nuestros años juntos, la preocupación que finges no tener, la fuerza que sacas de toda la flaqueza.

De buena mañana, tempranito, el ir y venir de puertas y el deambular de los carros por el pasillo te aturde. El termómetro, la tensión, las pastillas y con suerte ya, hoy por fin el desayuno. “Si tienes hambre es buena señal”, me apuntas con un guiño mientras las galletas mojadas en el café con leche me saben a desayuno en restaurante estrella Michelin. Lo cotidiano cuando se nos es negado se convierte en extraordinario.

En un rato pasará el doctor o la doctora, se turnan, y a ver que nos dice. Se me parte el corazón cuando te veo rondando por la planta con cualquier excusa, no sé si para convertirte en parapeto de posibles malas noticias o para rebajar toda la ansiedad que te consume. Como si mirándole a los ojos pudieras atravesar sus pensamientos sobre mi futuro. Porque ellos no lo esconden. Claros como el agua. Lago cristalino o ciénaga.

Las risas vienen cuando arreglan la habitación. Qué humor el de estas mujeres. Con todo lo que tienen que ver a diario y son medicina para el alma. En un tris, arregladita la cama, aseadita la enferma. Y una palabra amable siempre en la boca, igual que las enfermeras, siempre quitando hierro al asunto. Qué sabias. El ánimo ayuda tanto a la recuperación.

Antes de la primera visita la habitación ya huele de nuevo a limpio, desinfectada, nada que ver con el hospital de Nueva York, ¿te acuerdas?, los dos cada día con el “aquí falta lejía”. Y eso que estaba en el corazón de Manhattan. Aunque los nervios eran otros. Y la felicidad inmensa. Nuestra segunda niña acababa de incorporar un vocablo nuevo a la familia: hermana. La cuadratura del círculo. Por fin los cuatro tras aquel parto con vistas al East River y aquel anestesista ruso diciéndome que me llamaba igual que su madre. “Es una chiquita preciosa”, aseguró el doctor emocionado, con un español de academia que agradecí de corazón, demasiado inglés para un momento tan íntimo, tan de lengua materna. Cuando la vimos, las lágrimas se mezclaron hasta llegar al río. El edificio donde el mundo se dirime le dio a lo lejos la bienvenida y tú, ufano, aseguraste, “un día mi niña será la secretaria general de Naciones Unidas, la jefa de la ONU”. Y me volvió a dar la risa porque el cargo ya se lo habías adjudicado a su hermana mayor cuando nos mudamos a la Gran Manzana, y solo nos faltaba que a la típica rivalidad entre hermanos que solo el amor suaviza se sumara el pleito

por el cargo. La verdad es que me río mucho contigo, cariño. ¡Y la risa es tan saludable! Si nos riéramos más a menudo el mundo sería un lugar mejor. Después de esto cualquier día me apunto a un taller de esos de risoterapia para ponerme buena antes, aunque cuando salgo de cena con mis amigas improvisamos uno en un periquete. Hasta lloramos de risa. A las niñas siempre les digo que en la lista de atributos del compañero ideal, tan típicas de esas edades, no olviden destacar algo que las hará felices y que con el tiempo los humanos vamos perdiendo conforme se estiran los huesos: el sentido del humor.

Miro el teléfono y tengo varios mensajes. Qué importante es la amistad. Es algo que ambos hemos tenido siempre claro. Igual por eso llevamos tanto tiempo juntos. En la Universidad además de en pareja y con amigos nos encantaba salir a cada uno con su panda, con un respeto hacia la parcela del otro que siempre hemos mantenido. Muchos de ellos son hoy amigos comunes, y sobre todo ellas, lo sabes, te tienen en un altar. “Es que tienes un marido... Todas las noches contigo, y luego, cuando te recuperes, organizando la casa, las niñas...si a mí me pasara algo, a quién tendría aquí cada noche es a mi madre y no quiero ni pensar en el caos en casa” Y yo, que sé todo lo que vales, por algo te elegí para compartir vida, sonrío y quito hierro al mérito, no te lo vayas a creer. A fin de cuentas, y ahora hablo en serio, sabes que yo haría lo mismo por ti. El día que las mujeres dejemos de ver como extraordinario lo que debería ser lógico habremos dado un gran paso en ese camino a igualarnos como humanos, dejando vulvas y penes a un lado.

Lo mismo que cuidarnos. Nos pasamos la vida pendiente de los demás y nos dejamos para el final, como antes las madres hacían con el filete más feo. ¿Y a nosotras quién nos cuida? El día que todo cambió amanecí con la misma idea fija con la que me había acostado, ¿te acuerdas? Intento llevar una vida sana y cumplo con mis revisiones pero igual, por lo mismo, intuía que algo no iba bien. Tú le restaste importancia y como aparcar allí es un locura te dije que me acercaras. Te venía fatal pero yo lo tenía claro, o me llevabas o me buscaba la vida pero de ese día no pasaba. Y allá que me llevaste con el ronroneo de lo tozuda que era siendo que estaba bien. A la semana estábamos en este hospital. Pese a las malas noticias, la buena fue sentir e ir, priorizar mi salud contra viento y marea, pues aquellos días eran, como suele ocurrir, complicados de agenda. Aguanté sola y estoica el diagnóstico, y el médico, pese a todo, me felicitó por la excelente comunicación que tenía con mi cuerpo. Gracias a ella y a nuestros magníficos profesionales hoy estamos aquí. Yo en esta cama cómoda pero desde la que no puedo abrazarte y tú en ese sofá que no quieres turnar con mi madre. Y luego dices que yo soy tozuda...pero todo va a ir bien, cariño. Vino el doctor de nuevo mientras almorzabas en la cafetería y ¿sabes qué? Que volvemos a nuestra cama.

Título: A MI MANERA

Pseudonimo: PETRA PEREZ

Autora: GLORIA A. PLAZA MEDINA

No se lo he dicho a nadie. Y no sé por qué. Aunque quizás sí. Es como si fuera mi secreto, incluso como si lo quisiera disfrutar yo sola. No dar explicaciones esta vez. Hacer lo que me venga en gana con mi vida. O mejor sería decir con lo que me queda de vida. Con mi muerte.

Porque me estoy muriendo. Lo sé. Aunque mi médico no me lo ha dicho directamente. No. Ellos no hacen las cosas así. No me ha dicho que tengo una enfermedad terminal y que dentro de unos meses ya no estaré aquí. No, eso no me ha dicho. Lo que me ha dicho es que tengo una enfermedad difícil de tratar.

Y sé que me queda poco tiempo. Y no sé cuánto aguantaré sin dolores, sin tener que recurrir finalmente a mis hijos, porque yo ya no pueda con mi alma. No sé si serán semanas, o meses, pero mientras tanto he decidido vivir esto a mi manera. Y ¡maldita sea! que solo al final de mis días me permita esta pequeña rebelión. Qué triste y patético. Que solo en la muerte halle una la fuerza para hacer lo que le plazca. Porque en estos momentos me doy cuenta de que toda mi vida he estado pendiente de los demás; viviendo para ellos, alerta a sus deseos, contando con ellos más que conmigo. Y es ahora cuando dando un golpe sobre la mesa he dicho “¡Basta, ya está bien!” Esta muerte es mía y solo mía y no quiero que se inmiscuya nadie. Lo haré a mi manera, y si ahora de repente me da por desayunar todos los días un donut (porque total me voy a morir igual y ya qué más me da engordar o que me suba el azúcar) pues no quiero tener a nadie detrás poniéndome caras raras, o recordándome las grasas o azúcares que tiene lo que me llevo a la boca. Por eso cuando el médico me preguntó si no tenía familiares a los que quizás convendría informar de mi estado, me hice la tonta y le dije que estaban en Canadá; pero que no se preocupara que en cuanto regresaran vendrían a hablar con él. “Hágalo por favor”, me dijo, “en estos casos no conviene estar sola”. Y yo asentí como una niña buena y salí de allí a todo correr, bueno todo lo rápido que mis piernas de anciana me permitieron.

Y ahora ¿qué hacía? me pregunté una vez en la calle. Porque nunca me había visto en semejante situación, y además estaba segura de que no me volvería a ver en ella. Uno solo se muere una vez, me dije. ¡Era todo tan nuevo para mí! Ni siquiera recordar la muerte de mi marido dos años atrás, me sirvió de algo. A él no le dieron tiempo para pensar qué quería hacer con los últimos momentos de su vida, y a mí no me dieron tiempo para asimilar que se iba.

No tenía un referente. Sabía que debía estar triste, asustada, quizás hasta enfadada. Y sin embargo... me sentía más libre que nunca ¿Qué me estaba pasando?

En mi caminar me paré ante el escaparate de una gran zapatería. Ante mi vista tenía ese par de zapatos que siempre había deseado tener pero que, (bien por dar gusto a otros, o por no gastar, bien por pensar que adónde iría yo con eso), nunca me había permitido comprar. De charol, negros y con algo de tacón. Elegantes, muy elegantes. Y caros, eso también. Bueno... ¿y qué!? Me dije. Me acordé entonces de una frase que había leído recientemente y que decía así: “Si no es ahora ¿cuándo?” y de la mano de esa frase entré en aquella zapatería, me probé esos zapatos, y salí de allí con ellos metidos en una bolsa.

Me sentía bien. Sí, no se lo pierdan, me sentía bien. Tan solo hacía unas horas me habían dicho sin decírmelo que me estaba muriendo y yo ahora ¡me sentía bien! Quizás solo fuera una estratagema de mi cerebro para no aceptar la cruda realidad. Me daba igual. Fuera lo que fuese yo estaba disfrutando. Lo demás no importaba.

Por primera vez en mi vida me sentía libre. Sentía que ante mí se desplegaba el mundo con sus infinitas posibilidades. Sentía que de una vez por todas a nadie tendría que rendir cuentas de lo que me pasaba o dejaba de pasar. Libre para hacer y deshacer a mi antojo. Sí, estaba decidida a llevar esto a mi manera, y una tonta sonrisa bailaba en mi cara.

Por supuesto que mis hijos se dieron cuenta de que algo me pasaba. Una mañana me encontraron con el azúcar del donuts aún pegado a mis labios, con esos zapatos tan elegantes puestos en mis pies, y con una capacidad nueva para decir ¡no! ante sus egoístas peticiones, y se miraron entre ellos con consternación. ¿Te pasa algo, mamá? Y yo negué con la cabeza para preguntarles seguidamente si alguno de ellos me podría llevar cualquier noche a un karaoke. Y se volvieron a mirar entre ellos e incluso el mayor me puso una de sus manos sobre la frente como si ese cambio mío solo pudiera ser producto de alguna extraña enfermedad.

¡Claro que estaba enferma! Ellos no sabían cuánto, y precisamente era esa enfermedad la que estaba haciendo que yo comenzara a vivir. Todo era tan curioso, tan extraño.

Sin decirles nada me apunté a clases de baile. Otra de esas cosas que siempre quise hacer y que nunca hice ocupada con la casa, con los niños, con las cenas y luego con los años con un ¿adónde voy a mi edad? Pero ahora sí, ahora iba adonde hiciera falta, porque había perdido el miedo. Y por aquella sala me deslizaba torpe pero feliz y sonriente. Durante esos momentos me sentía tan viva que por primera vez pensé que era injusto, que ahora no podía ser, que ahora que yo estaba disfrutando de la vida más que nunca, ahora precisamente esa vida se me iba.

Y a veces tenía unas inmensas ganas de llorar por todo lo que me perdía. Pero no quería perder el poco tiempo que me quedaba en lamentaciones y por eso yo seguía a lo mío. Y lo mío entonces era amanecer desayunándome el donut, calzarme luego mis zapatos nuevos, pintarme y arreglarme y salir a recorrer mi ciudad como si fuera una turista más, como si esa fuera la primera vez que andaba por sus bellos rincones, dejándome asombrar. Y quedar con una de esas amigas a las que antes siempre me decía no tener tiempo para ver, y comer cualquier cosa que me gustara, y echarme un ratito, e irme a nadar porque de repente también recordé lo mucho que me gustaba de pequeña; y después a bailar, y regresar a casa, agotada pero contenta, y dormirme exhausta sin darme tiempo ni un segundo a pensar en esa muerte que me rondaba. Eso era ahora lo mío, exprimir a tope lo que me restara de vida hasta que solo quedara la cáscara.

Ellos no entendían, no sabían qué hacer con esta madre a la que de pronto no reconocían como suya y a la que ya no podían acudir como antes, porque a veces ya no estaba. Me preguntaban sobre dónde me metía todo el día, y a veces, tras sus voces, me parecía escuchar un cierto reproche, como si yo les hubiera fallado porque ellos pensaban y creían que yo siempre estaría allí para ellos. Y cuando me preguntaban yo apenas les decía nada, y hasta alguno insinuó que quizás lo que pasaba era que ahora tenía un novio. Entonces me hubiera gustado decirles que sí, que estaba de novia con la vida, pero hasta eso me callé.

Y llegó el día en que tuve que volver a hacerme esas pruebas para ver cómo andaba esa enfermedad mía tan difícil de tratar. De nuevo fui sola, de nuevo en el despacho de ese médico que me miró asombrado apenas entré y que me dijo que estaba distinta, que se me veía diferente.

Aunque todavía fue más raro lo que me dijo a continuación. Comenzó felicitándome, me sonrió y siguió hablando, y de repente eso mío ya no era difícil de tratar, sino que ahora mi enfermedad estaba “en remisión”. Ante mi ceño fruncido me explicó que a veces ocurría, que a veces el enfermo le ganaba la batalla a la enfermedad y que en mi caso así había sido. Ya podía estar contenta, me dijo, pues ante mí tenía una segunda oportunidad.

Yo, la verdad, no sabía qué decir porque para mí aquello en absoluto había sido una batalla sino una rendición ante lo que me estaba ocurriendo. Había puesto mis armas a los pies de la realidad y me había entregado a lo que me estaba pasando sin luchar. Quizás ese fuera el truco, pensé. Pero no le comenté nada de esto y lo único que salió de mi boca fue un balbuceante: “En ... entonces ¿no me estoy muriendo?”

Y él con una gran cara de satisfacción me respondió que de momento no. Que ya podía avisar a los míos y celebrarlo por todo lo alto. Y yo asentí con la cabeza como una niña buena y salí de allí a todo correr, bueno todo lo rápido que mis piernas de anciana me permitieron.

Título: LA MUJER GRIS

Pseudonimo: CHARLOTTE

Autora: SYLVIA MARTÍN

Sintió de nuevo ese pinchazo agudo, entre las costillas.
De nuevo, ese pinchazo que le obligaba a doblarse amarrada al palo de la fregona.
Intentó coger aire, despacio, más despacio... hasta incorporarse de nuevo.
Quedaba media hora. Treinta largos minutos, todavía.

Y todavía era jueves. Y los jueves a la señora le tocaba sesión de spa y masaje.
A ver si con suerte llegaba a tiempo... A ver si hoy coincidían y podía pagarle el jornal de la semana. A ver si hoy era el día que podía comprar pescado, y una caja de esos cereales con cromos, para su niña y...

Y por una simple asociación de ideas, recordó los libros. ¡Los libros! Le brillaron los ojos.
Con los ojos puestos en el trapo que colgaba del cinturón de su ajada bata gris, se limpió las manos y corrió a rebuscar en el inmenso cubo.

Un cubo lleno de material escolar casi nuevo que ocupaba media galería. La señora había hecho limpieza, y además había unos cuantos comics antiguos de su hijo Borja. Estaban garabateados, algunas páginas rotas pero qué importaba... ¡su niña iba a ponerse tan contenta...!

Tan contenta como ella... porque ahí la esperaba el segundo de los tesoros, un capricho que encontró en la basura: un librito de una famosa colección de novela rosa... Total, los señores tenían en su biblioteca tantos... algunos, preciosos... y éste estaba para tirar... por suerte para ella. Suspiró y se lo metió en su pequeño bolso negro.

Con el bolso negro en equilibrio, se deshizo la coleta, al tiempo que dejaba la escoba y la fregona, en el cuarto de la limpieza. Se olió las manos. No tenían esa intensa fragancia del perfume de la señora... esa que ella aspiraba cada vez que pasaba por su lado. Las suyas, agrietadas, olían siempre a lejía. Se las lavó a conciencia con el jabón líquido, antes de ponerse su chaqueta gris y salir corriendo en busca de su pequeña.

Su pequeña volvería a repetir el mismo menú que ayer, pero se moría de ganas de verla sonreír con su cómic...

Atropellando unos pasos a otros y sin despegar la vista del suelo, llegó aprisa al colegio. No llevaba merienda, no hubo tiempo. Rebuscó en el bolsillo. Solo tenía unos céntimos...

Hoy no salía saltando como de costumbre. Hoy no parecía tan contenta. Arrastraba la cartera con desgana. Aun así la madre le regaló la mejor de sus sonrisas y se detuvo un poco el tiempo. Ya no había prisa.

— “¿Qué te pasa, cariño?” — buscó la respuesta en sus ojos almendrados.

— Nada — contestó la pequeña tirándole de la mano.

Llegando al viejo portal, la niña se echó a llorar repentinamente...

— Se rieron de mi, bueno... de mi cazadora.

— Pero... — replicó ella apoyándose sin aliento en el gris pasamanos de la escalera gris.

La niña, como explicación, metió un dedo por el agujero de la sisa de la manga.

— Esta noche, sin falta, te lo arreglo, y ya verás como ya nadie más se ríe de ti.

— Bueno, además... es que necesito otro lápiz, no puedo sacar punta ya y Marta no me dejó el sacapuntas...

— Mañana tendrás el lápiz más bonito del mundo, verás.

— ¿Sí? — preguntó esperanzada mostrando el hueco de su diente de leche.

“¡Maldita señora y maldita su sesión de masaje y spa!” escupió la mujer Gris para sus adentros. Ya sin aliento, subió el tercer piso y sacó la llave de casa.

En casa le esperaban dos camas por hacer, una cena que inventar, un piso que barrer... así que se remangó y empezó por el principio, a preparar a la niña un trozo de pan con mantequilla y azúcar.

Los ojos de la pequeña se abrieron de par en par con el regalo, y merendó sobre las viñetas garabateadas del viejo tebeo.

Su risa infantil la devolvía a la vida. Todo merecía la pena, todo recobraba sentido.

Mientras limpiaba el piso del salón, se acordó del libro... y de pie, apoyada en el palo de la fregona, comenzó a leer... casi sin querer... una preciosa novela de amor y pasión, entre una mujer bella y un hombre apuesto y enamorado. Una fantástica utopía.

Se sumió tan profundamente en aquel mundo imaginario, que el suyo propio casi, sólo casi... dejó de ser Gris.

Casi dejó de ser gris hasta que la aguja del reloj la devolvió a la cruda realidad veinte minutos después. Abandonó entonces su pequeño tesoro en la mesa del salón. Dio la cena a la niña y la arropó en la cama.

—¿Me cuentas una historia, mami?

— Sí, cariño, pero ha de ser corta...

—¿La de la princesa del castillo? ¡Síiii!

Quince minutos después, pelaba patatas, mientras el aceite comenzaba a calentarse.

Las ocho y media. Y el sonido de la llave en la cerradura la hizo envejecer de pronto, sus manos temblaron, su vello se erizó, mientras chisporroteaba alegre el aceite en la vieja sartén. De nuevo, sintió el agudo pinchazo... pero esta vez no se encogió. Respiró lentamente... y sacó la última cerveza del frigorífico.

El estaba esperándola, en el sillón... con el libro en la mano.

—¿Qué porquerías lees...?— la saludó

— Bueno... era un libro de la señora que...

—¿Qué te piensas? ¡Lo que nos faltaba! ¿Te crees que el mundo es de color de rosa o qué?- le preguntó mientras zarandeaba su tesoro y ella se apresuraba a darle como cada noche su cerveza. Él bebió un trago largo. Luego, la miró fijamente atravesándola con un inmenso interrogante y antes de que ella pudiese disculparse por su error, la mano de aquel hombre le abofeteó en la mejilla, gritándole: ¡Maldita inútil!

Lo verdaderamente inútil era derramar más lágrimas. Aquella noche sólo hubo silencio y ese rancio olor a alcohol en la ropa... y varias pruebas más dentro de los bolsillos de la americana. Y mientras la niña soñaba con su princesa en el castillo, en aquel precioso mundo de color rosa, la mujer Gris se levantó sin hacer ruido y se enfrentó al momento más difícil. Lo necesitaba, por ella y por su hija.

Su hija... Apretó dientes y puños, de puntillas, mirando hacia el precipicio. Inalcanzable, como dar un salto al vacío. Ahí abajo, le esperaba el auricular del teléfono. Sintió un vértigo atroz, pero aun así marcó los tres números... Todavía no era consciente de que ese simple gesto daría otro color bien distinto a su vida.

Título: LA VIDA SECRETA DE ISABEL CALVO

Pseudonimo: CHIN HE

Autor: JOSÉ MANUEL GÓMEZ VEGA

«Pascual, necesito visitar los grandes rebaños del hemisferio sur para volver con lo que te convierte en un hombre de verdad». ¿La creería? No. ¿Y Carmina? Tampoco. Su hija vivía en una burbuja espacial y temporal. La democracia y la universidad se amalgamaban con sus 18 añitos de modo casi irreal, maravilloso. Isabel la veía salir todos los días abrazada a panfletos y prisas por comerse el mundo, tan diferente a ella en su día. Pero al igual que su hija, Isabel ahora (tras hacer las camas, recoger la cocina y poner una lavadora) soñaba también con comerse el mundo, en secreto y en el cuarto de los trastos. «Tengo en mis manos nada menos que el modo de lograr una sociedad mejor, más cariñosa, mas igualitaria, más...», se repetía como un mantra, emocionada, mientras molía polvos y mezclaba ungüentos. «Parezco una bruja, pero buena». Deseaba ayudar a hombres y mujeres a escapar de la inercia del machismo recalcitrante que les impedía florecer; quería evitar el hundimiento colectivo en las arenas grises y movedizas de sí mismos. Definitivamente no podía permitirse la excentricidad (mucho menos el gasto) del viaje transoceánico. Lo prudente, razonó, era dosificar el *aesypum* disponible para pasar un buen invierno.

En la vida de Isabel Calvo se había cruzado el *Manual de mujeres en el cual se contienen muchas y diversas recetas muy buenas*. Era un libro antiquísimo lleno de recomendaciones sobre la preparación de cosméticos. Por ejemplo, describía con minuciosidad cómo amasar las mezclas de polvos a base de galena y plomo que realzaban la negrura de las cejas, y hasta el procedimiento para ser aplicado correctamente mediante una especie de técnica de tatuaje medieval. Otro método muy eficaz, en este caso para hidratar el cutis, era la aplicación antes de acostarse de una pasta hecha con miga de pan empapada en leche de burra. Al ir ampliando sus investigaciones sobre un tema que cada vez le fascinaba más, Isabel llegó a recopilar hasta la receta de las barras de cera depilatoria *bintsuke* que utilizan los luchadores de sumo. Pero el gran descubrimiento que trastocaría su vida fue el *aesypum*, un extracto del sudor de los carneros.

A Isabel lo que realmente le atraía del asunto no era el propósito de los cosméticos sino la química que entrañaban sus preparaciones. En una tienda del barrio de la Latina regentada por un señor de bata azul que sólo al moverse se distinguía del resto de cachivaches que colmataban el espacio, Isabel repasaba con la vista y pasitos cuidadosos las etiquetas desvaídas pegadas a los tarros de color topacio: bismuto, tintura de benjuí, tornasol... Isabel se convirtió en una clienta asidua, y así fue cómo poco a poco la habitación del piso que utilizaban de trastero se fue reconvirtiendo en un laboratorio clandestino. La tabla de planchar, la bicicleta estática (doblemente estática porque nunca nadie la puso en movimiento) y los varios trofeos de mus de su marido fueron cediendo espacio a los tesoros que Isabel traía del Rastro o su adorable colmado. Sobre una de las paredes había colgado un enorme planisferio amarillento, con las constelaciones principales y diagramas laterales en los que se explicaba la circunvolución de las luminarias con todo tipo de información inútil. Envuelta en aquella atmósfera irreal, a la luz de un candil y con la ayuda de un mechero de alcohol, Isabel disfrutaba creando lo que según el libro eran cosméticos para señoras, y según ella lo eran para el alma.

Isabel comprobó concienzuda e irrefutablemente que la loción a base de sudor de carnero que ponía a escondidas en el *aftershave* de Pascual lo transformaba en un príncipe maravilloso, todo comprensión y atenciones. Y así fue cómo nació la idea de dedicarse a la toilette masculina. Porque Isabel había decidido transformar el mundo. La demanda de *aesypum* no era muy elevada, tampoco su oferta. Tras acabar con el del colmado y hasta con el de toda la capital, Isabel comprendió que para llevar a cabo sus planes, para implementarlos

a una escala que en su imaginación transcendían Madrid y hasta España, iba a necesitar cantidades muy superiores a las existentes en el mercado. Ese verano Isabel visitó los rebaños y habló con los pastores de su pueblo. Supo que el sudor ovino queda adherido a las lanas en forma de pequeños cristales ambarinos, parecidos a los granitos de azúcar moreno. También que un único carnero sirve para ser cruzado con aproximadamente cincuenta ovejas, un dato que la sumió en el desaliento. Pensó en viajar al hemisferio sur, a Australia o Argentina, pero tengan en cuenta que estamos hablando de la España del 77, cuando casi nadie había montado en avión (mucho menos rumbo a las antípodas). Tampoco podría dar una explicación convincente a semejante extravagancia. Fueron meses de darle vueltas y más vueltas al tema, de visitar bibliotecas y de consultar enciclopedias (recuerden que por aquel entonces no existía internet) recabando información sobre el mundo ovino, al cabo de los cuales acabó obsesionada con una práctica en desuso, como don Quijote, sólo que a ella en vez de por la caballería andante le dio por la trashumancia. Únicamente siguiendo a los grandes rebaños en sus viajes a través de la Meseta, pensaba, desde las dehesas extremeñas hasta la Cordillera Cantábrica, de invierno a verano, podría conseguir las cantidades de *aesypum* que su proyecto requería.

La aventura de Isabel Calvo con la toilette masculina no murió el día que descubrió que los preparados hechos a gran escala no funcionaban. Isabel acabó por averiguar que sólo las botellitas que preparaba una a una en el cuarto de los trastos eran las que transformaban a su marido en un príncipe. Porque en realidad las llenaba con la más sutil y valiosa de las esencias, y que acabó por resumir en una palabra: amor, la única que aglutinaba lo que sentía hacia la persona que envejecía como ella y, como ella, lo hacía sin florecer.

La irrupción súbita de democracia y esperanza externa e interna, aquel borbotón de alegría en la vida de Isabel fue lo que de verdad había contagiado a Pascual y salvado su matrimonio. También él sufría por no poder hablar con ella más allá del precio del lenguado, el temporal o la muerte de algún conocido. También él, con la llegada de la democracia, quiso revertir la tendencia. Por eso se tragó el orgullo y la animó a que se fuese a hacer la trashumancia, y hasta que siguiese adelante con el negocio de la toilette masculina. Porque aquel sudor de carnero y aquel cuarto de los trastos le estaban devolviendo a la mujer de la que seguía enamorado pero ya casi no reconocía.

En su barrio, entre sus vecinos, familiares y amistades, Isabel Calvo pasó a competir con las vendedoras Avón, con productos que preparaba ella misma en lo que dejó definitivamente de ser el cuarto de los trastos para convertirse en el alambique donde hacía realidad sus sueños. Puede que todo el asunto no fuese otra cosa que una excusa para poder hacerle llegar a la gente, junto con cada crema y cada colonia, unas gotas de la sabiduría que había destilado de la vida. Le gustaba contar su aventura trashumante para explicar que las únicas transformaciones que de verdad perduran, al contrario que los cosméticos, son las que salen de dentro. Isabel distribuía untos faciales, pero el regenerador del alma lo entregaba con su presencia y palabras. Y puede que así, un poquito más lento de lo que había imaginado, Isabel esté cambiando, uno a uno, el mundo.

Isabel y Pascual ríen. Y saben, sin decirlo, que hoy también hacen el amor. Porque en el 78 ya descubrieron que setenta y ocho años son nada cuando uno florece por dentro.

Título: EL ZAPATO DE CHAROL**Pseudonimo:** CIRCE**Autora:** ISBEL GONZÁLEZ GONZÁLEZ

*Es verdad también que el caprichoso destino nos ha ayudado.
Antón Chejov (Una mujer insustancial)*

Demonios, dónde lo habrás metido, dijo el marido mientras miraba, a gatas, debajo de los muebles. Ella lo veía hacer por encima del libro, sin apartarlo completamente, fingiendo que continuaba leyendo. Él seguía arrastrándose por el piso, mirando a todos lados y refunfuñando entre dientes. Cuando se cansó de buscar se levantó, fue caminando hasta su esposa y le quitó con furia el libro de las manos. ¿Dónde coño está el otro zapato? No sé, dijo ella simulando serenidad, ¿ya buscaste en la zapatera? No, no busqué en la zapatera, porque soy un imbécil y un inepto, ¿no es verdad? No es verdad, respondió ella. Sí, es verdad, eso es lo que piensas, si no no me hubieras dicho que buscara en la zapatera, sólo un tarado no habría buscado allí primero. Bueno, lo dije sin pensar, sólo por decir algo, es que me asusté cuando me quitaste el libro. Hubiera preferido no haber dicho esto último, hubiese preferido no hablar del miedo, de cuánto le temía cada vez que llegaba tan borracho como ahora; sabía que hablarle de esas cosas lo enfurecía aún más o le provocaba una especie de morbo que lo hacía tratarla peor. Él se quedó mirándola con cierta expresión de disgusto o tal vez de sarcasmo, pensó la mujer. Después miró el libro, pero sin verlo, como si su mente estuviera en otro sitio. Era una antología de cuentos de Antón Chejov que le había regalado un amigo del hospital, un antiguo y buen amigo que conocía desde la escuela de medicina y que sabía que aquel escritor ruso era uno de sus preferidos. Estaba leyendo uno de los cuentos que más la fascinaba, *Una mujer insustancial*, cuando el marido le arrebató el libro. Ahora lo sostenía en su mano derecha y lo miraba distraído, como enajenado por la bebida.

Ella lo miraba bastante nerviosa y recordó, sin saber por qué, un fragmento de aquel cuento que se sabía de memoria de tanto leerlo: “A las cinco de la tarde almorzaba en casa con su esposo. Su sencillez, su sentido común y su bondad la encantaban y la enternecían. A menudo, durante el almuerzo, se levantaba apresuradamente, corría a abrazarlo y cubría de besos su cabeza”. Así también había sido su matrimonio al principio; así fue por un buen tiempo, hasta que él comenzó con los celos. Ella guarda incluso el recuerdo del momento exacto en que surgieron o, al menos, en que él los demostró. Fue la noche en que el Ministerio de Salud le dio el reconocimiento por su labor como cirujana. Había sido una velada tremenda, vinieron colegas suyos de todo el país, todos la felicitaban, la abrazaban, le hacían obsequios y ella estaba muy alegre, tan alegre que dejó por momentos solo a su esposo entre aquella multitud de personas desconocidas para él, porque aquella era su noche, y no supo de él por un buen rato, hasta el instante en que él se le apareció y la tomó bruscamente por la muñeca y la arrastró fuera de la habitación mientras ella intentaba entender y desprenderse de su mano y pedirle disculpas a Sergio por aquel suceso desagradable. ¿Quién es ese?, le preguntó una vez fuera del edificio. Sergio, le respondió ella mientras se percataba de que él estaba borracho, muy borracho. No te pregunté su nombre, sino quién es. Es el anestesista de mi equipo. No lo conozco. Pues deberías conocerlo. ¿Debería? Sí, él fue quien te anestesió cuando te operé, él, en cierta forma, también te extrajo el tumor, también te salvó la vida, así que lo menos que podrías hacer es agradecerérselo. Bueno, a fin de cuentas es su trabajo, para eso le pagan; a mí nadie me agradece cuando le hago una mesa o un armario, sencillamente me pagan, que es lo que yo espero y así ha de ser. También fue él el primero en percatarse de que te interesabas en mí, continuó diciendo ella, gracias a él comprendí que tus constantes visitas al hospital después de la operación no tenían que ver exactamente con tu preocupación por la enfermedad. Está bien, pero eso no le da la potestad para estarte toqueteando. Eso es mentira. Ah, ahora resulta que también soy un mentiroso; me vas a decir que no te cogía las manos, que no lo vi con estos ojos. Sólo me estaba flexionando los dedos porque le había comentado que los tenía un

poco rígidos últimamente, que tenía miedo de que fuera alguna artritis. Él quedó pensativo un instante, después la tomó nuevamente por la mano. Nos vamos, fue lo único que dijo y se la llevó de la recepción.

Ese día comenzó todo, pensaba ella mientras veía al esposo con su libro en la mano. Entonces apartó la mirada del libro y la miró. ¿Por qué escondiste el zapato? Yo no he escondido nada. Sí, sabes que estos zapatos de charol son mis preferidos, que siempre los uso en ocasiones especiales, por eso lo escondiste, para que no pudiera salir –le dijo mientras señalaba el otro zapato que tenía calzado en el pie izquierdo, un zapato negro y reluciente que ella miraba ahora instintivamente. Pero si yo ni siquiera sabía que ibas a salir –repostó ella sin levantar la vista. Ah, no, y por qué entonces lo escondiste. Ya te dije que yo no he escondido nada. Yo no seré tan sabiondo como tú, pero no soy tonto, sabes, así que, o me buscas el zapato o... O qué, dijo ella simulando valor. O me buscas el zapato, dijo el marido y la tomó por el cabello. So puta, tan fina que te haces y no eres más que eso, una gran puta, continuó diciendo mientras la arrastraba por el piso. Ella se apoyaba con las manos y las rodillas intentando incorporarse o, al menos, desplazarse sin ser arrastrada. ¡Eres una bestia!, ¡un maldito animal!, ¡un loco de mierda!, le gritaba desde el suelo mientras se secaba las lágrimas, lágrimas de ira e impotencia, con el reverso de la mano. Eso, di todo lo que quieras, pero búscame el zapato. Búscalo tú si quieres, que yo no soy tu esclava, búscalo tú, que nunca haces nada en esta casa. Búscalo o te mato puta de mierda, te juro que te mato –le dijo apretándole el rostro fuertemente con una mano y mirándola de un modo que a ella le pareció demencial. Entonces comenzó a buscar por toda la casa, estaba muy asustada; algo en el rostro de su esposo, algo como de desesperación o impotencia, le hacía pensar que realmente sería capaz de cualquier cosa. Buscaba debajo de los muebles, en las gavetas, sobre los armarios, en sitios improbables, pero el maldito zapato no aparecía. Sólo deseaba encontrarlo, que el marido se fuera y la dejara sola para ordenar sus ideas. Él permanecía sentado en un gran sillón de la sala y bebía grandes tragos de ron, como si quisiera ahogar algún demonio que llevara dentro. La veía ir y venir de una habitación a otra, buscando infructuosamente, y el temor que notaba en su rostro lo excitaba y le hacía tomar más aún. Te estás demorando, le decía, se me hace tarde, muy tarde, acaso no tienes consideración con tu pobre marido, le gritaba con ironía, acaso la doctorcita no siente un poco de lástima por este simple mortal, o es que ni siquiera eso siente. Ella se detuvo entonces en la puerta, a unos tres metros del marido. ¿Qué coño es lo que quieres?, dime, ¿qué es lo que te pasa? Nada, no me pasa nada, sólo quiero mi zapato y te doy un minuto para que lo encuentres, dijo y bebió un gran sorbo de ron, Sesenta, cincuenta y nueve, cincuenta y ocho, comenzó a decir mirando el reloj. Eres un hijo de puta, gritó ella. Vaya palabras para una dama tan fina, dijo con sarcasmo. Cuarenta y tres, cuarenta y dos, cuarenta y uno. Ella se fue hasta la puerta de entrada, pero el intento de abrirla fue en vano. Él la había cerrado con llave. Ni siquiera intentó ir hacia la puerta trasera, sabía que era inútil, también estaría cerrada. Desde allí escuchaba la voz del marido, dieciséis, quince, catorce, sabía que era capaz de cumplir su promesa, estaba muy bebido y tenía la mirada de un loco o un poseído. Tres, dos, uno, le escuchó decir finalmente y sintió el sonido del sillón y sus pasos acercándose. Solo atinó a correr hacia el baño y cerró la puerta casi en sus narices. Ya sé, dijo él, recordaste que lo tenías escondido en el baño. Ella se sentó en la taza sanitaria y comenzó a llorar aún más. No demores que tengo una cita importante y no me van a esperar eternamente. ¿O es que acaso la señora quiere que se frustre mi cita, ah?, ¿o es que acaso la gran dama piensa que ella, sólo ella, puede ser infiel? Yo nunca en mi vida te he sido infiel, nunca y tú lo sabes, aunque no sé si lo mereces, le gritó ella fuera de sí. Claro, alguien como yo, un tipo tan insignificante como yo, no merece siquiera tu fidelidad, por eso me engañas con el medicucho ese. No te engañe con nadie, con nadie, ya está bien de estupideces. Hoy te vi, sabes, tú pensaste que nunca lo sabría, pero hoy te vi, así son las casualidades. Yo estaba en el bar de la avenida veinticinco y tú pasaste con el medicucho ese, cómo se llama, ah, ya recuerdo, Sergio; iban muy alegres ustedes, sabes, cualquiera hubiese dicho que hacían una bonita pareja; dos médicos jóvenes y elegantes, cualquiera menos yo, que sólo hacía lo imposible porque mis amigos no miraran hacia allá, para que no vieran que “la doctora”, como dicen ellos, me estaba pegando los cuernos. Ella lo escuchaba en silencio pero ya no lloraba. Estaba cansada de sus celos, pensó decirle que aquello no tenía sentido, que ella nunca se habría fijado en un hombre como Sergio, pero sabía que era inútil. Entonces recordó el cuento de Chejov y pensó en Olga Ivanovna. Y pensó también en ella y en su esposo y en lo diferente que era todo y en los esfuerzo que había hecho todos estos años para que él no se sintiera minimizado, para que su éxito no lo afectara él y en la inutilidad de todo, eso pensaba cuando escuchó a su marido tocar a la puerta. Oye, ¿ya encontraste el maldito zapato?, le gritó desde afuera. Sí, ya sé dónde está, le respondió sin moverse de su sitio.

Título: OMBRA DE LLUM

Pseudonimo: LOISU

Autora: ESTELLE BRIGITTE PLAZA

No necessites luxes. El regal s'obri cada dia al despertar. És quan arriba el moment que te n'adones.

Vaig passar molts anys volent ser una altra, amagant les meues pors amb un abric de mentides i respirant l'aire vanitós dels guanyadors. Tornava a casa tan èbria dels vapors de l'èxit que no podia ni mirar-me als ulls. Ni despullant-me aconseguia desfer-me de l'esperpent que havia creat.

Asseguda en la meua butaca, mire el jardí per la finestra: ja ha tornat la primavera. Brota la vida de nou, incansable, fidel al cicle. Admire la seua precisió, el seu tacte per a despertar la natura del somni hivernal. Abans, només notava els canvis d'estacions pels aparadors de les botigues de roba. M'he perdut moltes postes de sol. Les meues estrelles eren les faroles de la ciutat on lluitava sense treva, dia rere dia, per aconseguir ser la persona desitjada per tots. No era jo, no podia ser jo. Només omplia els dies d'obligacions i prioritats absurdes, dibuixant un camí d'èxit amb recompenses que acabarien sent falses.

Sóc una dona afortunada. Vaig créixer amb tot el necessari: amor dels meus i amor als meus. Infantesa plàcida en un entorn privilegiat: classes de piano, campaments d'estiu, vacances familiars en països exòtics. Era bona alumna, no donava problemes. En la Facultat d'Econòmiques, em vaig enamorar d'un jove educat i atractiu. El dia de la boda, el meu pare em va regalar el que més estimava: la direcció de la seua empresa.

I tot va anar molt de pressa. Érem joves, emprenedors i valents. Multiplicàrem els beneficis en molt poc temps. Tenia trenta anys i només vivia pel joc de l'èxit. Era el seu titella. Dies i nits dedicats al vertigen dels negocis. La meua ambició no tenia límits.

No hauria imaginat mai tanta força en un cos tan menut com el meu. Aquest cos presoner dels meus capritxos, obligat a recórrer kilòmetres de passadissos i aguantar interminables reunions i viatges, en despatxos i avions tan claustrofòbics com sufocants.

Absorbia els sorolls, les nits d'insomni i els canvis d'horaris sense queixar-se mai. La submissió dels meus sentits a la dictadura quotidiana era tan gran que encara hui em sorprèn. No sabia que estava castigant-me. No podia pensar que el meu cos esperava, silenciosament, el moment d'anunciar-me el seu fàstic. Segurament, ja havia intentat avisar-me. La seua veu, però, era massa dèbil per a mi. Sobretot quan el teu crit va trencar el silenci de la sala de parts, una nit de maig. Acabaves de nàixer i ploraves, desconsolada, en els meus braços. Una nova vida que em mirava amb ulls clars i purs, que no esperava res més de mi que comprensió i aliment. No estaves en les meues previsions, no constaves en els projectes ni apareixies en l'horitzó tan clar que havia traçat. Però la teua arribada ho canvià tot.

El teu pare no vindria pel teu naixement. Tampoc no estaria bufant els ciris del teu pastís d'aniversari o acompanyant-te el primer dia d'escola. No sabia res de la teua existència.

De vegades, els matrimonis es trenquen. El meu es va volatilitzar. Entre Dubai i Hong-Kong. El vol va patir moltes turbulències, però res comparat al frenesí d'un client en primera classe amb una de les hostesses de la companyia. I no era la primera vegada.

No em va deixar elecció. Enganyada per l'home que més havia estimat, em vaig enfonsar en dies de soledat i silenci.

És quan vas aparèixer en la meua vida. Vaig plorar llàgrimes amargues quan em digueren que estava embarassada. T'acomodares en mi quan pitjor ho estava passant. Anaves guanyant mentre jo ho perdia tot. Però vaig decidir lluitar. Et mereixies una mare.

Tornàrem a casa tu i jo. Em passava les nits acariciant-te. La teua plenitud em donava pau. Em sorprenia imaginant-me els somnis que desfilarien davant dels teus ulls.

Tu creixies feliç mentre jo aprenia a viure sense ell.

Vaig tornar a la feina després d'aquell estiu. Sola. Com havia de ser.

De nou, les presses, les cites, els horaris. Era com si mai no ho haguera deixat.

Els meus pares havien acabat molt disgustats amb el meu divorci. La meua mare volia que m'ho pensara millor, pel bé de la xiqueta, i el meu pare no feia més que llevar-li importància. Segons ell, l'adulteri era, de vegades, una etapa més del complex mecanisme masculí sovint malentès per les dones. Tampoc no n'hi havia per a tant.

Escandalitzada per un discurs que no hauria imaginat mai, em vaig aïllar del seu món. La feina i la meua filla eren els dos únics al·licients de la meua vida. Acabava de complir els quaranta. No tenia temps per a res més. Ni per a mirar-me en l'espill.

Qui m'havia de dir que, una nit, després d'un sopar amb uns clients, un d'ells em va convidar a una última copa en la seua habitació d'hotel. Em vaig sorprendre a mi mateixa acceptant la seua invitació. L'home era agradable i feia molt de temps que jo estava a soles. De fet, no havia estat amb ningú des del complet fracàs del meu matrimoni, i supose que m'afalagava ser desitjada de nou. M'agradava la seua pell, suau i bronzejada. El que més m'atreia era no tindre cap lligam sentimental ni cap obligació amb ell. Plaer d'una nit sense complicacions. Em sentia més lliure i viva que mai.

Per què serà que la nostra vida sempre penja d'un fil? On està escrit el moment on es desviarà el nostre camí? Com saber que havia d'estar asseguda en la consulta del metge, el cor en un puny, esperant els resultats d'unes anàlisis? Per què aquesta ombra en la radiografia? Per què a mi?

No he trobat mai la resposta. Sé que vaig passar hores deambulant pels carrers, la mirada perduda, sense saber on anar, ni amb qui parlar. El càncer només havia afectat una xicoteta part del pit. Els metges eren optimistes. Ho havíem agafat a temps. Jo, que mai no havia estat malalta, necessitava creure en les seues paraules.

De sobte, acabaren les presses, les cites importants, els horaris i els viatges.

Em vaig adonar que la meua filla tenia huit anys i que ja no li venien bones les sabates. Vaig tornar a contactar amb els meus pares. I amb el meu exmarit. La meua filla va conèixer el seu pare. Per primera vegada. Era dissabte. Ell va acudir a la cita, molt emocionat. Mai no hauria imaginat tanta sensibilitat en la seua mirada, contemplant una personeta de la qual acabava de conèixer l'existència.

Perdonar els errors del passat és tindre noves oportunitats en el present.

L'operació va anar molt bé. Després del tractament, vaig vendre el meu pis del centre i el negoci per a instal·lar-me en una casa de camp, lluny del bullici de la vida moderna.

Ara, l'Adrià i jo compartim la nostra vida. Fem picnics en plena natura i gaudim de l'eixida de sol tots els matins. Tampoc perdem cap posta de sol.

Cada dia que passa és un dia més de felicitat afegida. Un regal per a tots nosaltres.

Título: LA SANA TRADICIÓN

Pseudonimo: AMALIA ESTÉVEZ

Autor: ALEJANDRO P. DESTUET ESTÉVEZ

Hace años que soy viuda. Al principio lo extrañaba ¡tantos años pensando de a dos! Pero al final... no es tan malo vivir sola. Vivo cerca de la estación de tren y me la paso viajando a la ciudad, ¡Hay tanta cosa para hacer! Exposiciones, cursos... y además están las chicas. Nos juntamos todos los domingos. Y hablando de ellas... Hoy vinieron ¡Qué bien las pasamos! No faltó ninguna: Susy, Quina, Marta, Lola y Juanita. Preparé un té riquísimo con scones y masas.

La verdad es que cuando se fueron estaba agotada. Todas ayudaron: apenas quedaron unas pocas migas y una mancha de té en el mantel., así que sólo di una pasada de escobillón y dejé el mantel para que Irupé lo lave el lunes. Irupé es mi nueva muchacha: una paraguaya treintañera, simpática y encaradora. Lo de la mancha de té es una pavada, pero me irrita porque fue culpa de Susana, que en vez de pedirme (como corresponde a una invitada) se sirvió directamente.

Irupé ya lo lavó...pero no salió, ¡una simple manchita de té! ¿No es feo un mantel manchado? A Dios gracias tengo muy buena vista, y me resulta molesto algo fuera de lugar. Soy ordenada... ¿o hay otra forma de manejar una casa? Llevo las cuentas de servicios al día, y tengo una caja para cada cosa, facturas, estudios de salud y correspondencia.

También soy escrupulosa con mis controles médicos. No descuido el examen anual, ese que es completo, con radiografías, análisis de sangre... mi salud es de hierro. A veces miro la estación, me gusta ver las formaciones que entran y salen en forma regular. Ese es el secreto de la vida: conservar el ritmo.

Pero ¿de qué hablaba? Ah sí, la manchita... Irupé, que por suerte es cuidadosa como yo, me dijo que iba a lavarlo a mano. Para colmo el día que vinieron las amigas me agaché para recoger ese scon que se había caído, y empezó este pequeño dolor en la espalda. Una pavada, no voy a tomar nada, total mañana lo veo al doctor.

Este domingo las chicas llegaron juntas, las trajo el marido de Martita. Parece que hubo un descarrilamiento y se ofreció a alcanzarlas. La mancha parece más grande pero la disimulo con el apoyo de la tetera. No dejé que Merceditas sirviese. ¡Qué comedia! Yo cuando voy a la casa de ella no sirvo nada. Hay que saber guardar el lugar. Por supuesto se lo dije con un chiste ¡Ay Susy, dejá que sirva yo *que soy la dueña de casa* y si se me cae té encima me puedo cambiar querida! No le gustó pero se lo tuvo que tragar. ¡A ver si mueve algo y descubre la mancha!

Ya me hice los exámenes que me mandó el clínico. Bueno, le dije lo del dolorcito pero ¡No se justificaba tanto lío! Debe ser la vez que me agaché, (le expliqué otra vez, a ver si entiende), pero igual me mandó a hacer un estudio especial. Soy mayor pero sana, nunca tuve una operación.

Me parece que Irupé no da en el clavo con la mancha. No sé qué le metió, pero ahora está más grande y rojiza. Como tengo este dolor no quiero hacer esfuerzos, si no me ponía a fregar yo y asunto acabado. ¡Qué macana, justo el mantel que nos regalaron para el casamiento! Tengo otros, pero ninguno es tan fino como este, hilo egipcio tejido en Marta. Me voy a tomar el desinflamante a ver si el dolor para, es persistente y ahora se me desparrama por toda la espalda. Hoy el tren parece circular con más ruido que otros días, en fin, cuando una está con molestias, nada le viene bien.

Nuestro grupo es muy lindo y estamos todas sanitas como cuando éramos pibas. No afloja ninguna. Ya somos tres que nos quedamos viudas: Lola, Juanita y yo. Susana es solterona, por eso es tan metiche, se sigue portando como cuando teníamos veinte, siempre

tratando de agradecer... No se da cuenta de que ya se le pasó el cuarto de hora, nadie la mira, es patética.

Lo que hice fue poner una bandeja más grande de masas encima de la mancha, con un individual abajo por si alguna corre la bandeja. ¡Uy, más masas! dijo Martita. ¡Chicas, tenemos que cuidarnos! exclamó Quina... Claro, el marido Juan Carlos es un churro todavía. Tiene que cuidarlo. Cuando se casaron todas la envidiamos. ¡Pensar que casi se me declara a mí! Porque ese día en casa... mejor me callo. En cambio Martita come sin parar... el marido es un buenazo, pero de lindo no tiene nada.

No puedo dejar de pensar en esa mancha siniestra. Quizás la haga sacar en la lavandería. Si no, voy a ver como me arreglo, todos los domingos el té lo tomamos en casa, pero alguna vez puede haber una excepción. Además últimamente me parece que a todas les molesta el ruido de la estación. Nadie dice nada, pero de a momentos levantan la voz, miran con fastidio por la ventana... Le voy a proponer a Lola que tiene una casa grande. Aunque como es una cómoda, seguro que lo hacen en lo de Susana.

Salí del médico indignada. Dice que debería internarme para completar los estudios ¡Justo ahora, que estoy con el tema de la mancha! Parece que ve algo que no le convence. Al final accedí, dice que son un par de días a lo sumo. Excelente, calculo que ya estaré en casa. Les avisé a las chicas que este domingo no podía hacer el té. ¡La verdad es que al final esta internación no me viene tan mal! Les dije que lo hicieran sin mí, en lo de Susana (total para qué preguntarle a Lola, ya no hay tiempo y va a empezar con sus vueltas). Quieren venir al sanatorio. Ni se les ocurra-les dije- por ahí me caigo yo en lo de Susy. Hoy fue un día complicado. Para colmo, me contaron que hoy no hubo servicio de trenes. Un descarrilamiento. Parece mentira, el segundo en el mes. ¿Será falta de mantenimiento? Bueno, ya se compondrá.

Mi sobrina es un amor. Vanina siempre está cuando la necesito, una puede confiar en ella. Si parece que fuera la hija que no pude tener. Me va a llevar a hacer el estudio. Le mostré el mantel.

-Pero tía ¿por qué no me dijo antes?, yo me ocupo.

Y cuando Vanina dice" me ocupo" una puede olvidarse del problema. Es una verdadera joyita. El que se case con ella se gana la lotería. Le anoté la dirección de la lavandería.

-Déjese de pavadas tía. Yo puedo sacar la mancha. Me lo llevo a casa.

Así que combinamos para ir al sanatorio el lunes. La verdad es que con el tema del mantel encaminado ya voy con más confianza.

Por suerte fue sólo un susto. El doctor me dijo que estoy como una de veinte. Sólo me sacaron un quiste que se estaba poniendo feo. No tengo que hacer esfuerzos por un par de semanas. Buenas noticias. Y para completarla, Vanina entró en la habitación con una gran sonrisa.

-La mancha ya salió. Lo puse a secar en la terraza. Mañana se lo alcanzo.

Me contó que las chicas hicieron el té en lo de Lola. Al final parece que se decidió a organizarlo ella.

Mejor, porque en verdad estoy pensando en decirles que podemos continuar en su casa. Ya es hora de cambiar.

Además, tomé una decisión con el mantel. Se lo voy a regalar a Vanina. Lo merece. Algún día ella seguirá con la sana tradición de los domingos.

Título: RENACIMIENTO**Pseudonimo:** GREY MARTINI**Autor:** ROBERTO MIGOYA RAMOS

Hoy es el primer día que salgo sola. Me he decidido. Las paredes de mi casa se han convertido en una prensa hidráulica que no consigo parar. No tengo muy claro adónde ir, pero un impulso interior me ha lanzado fuera de mi tedio doméstico. Tampoco necesito amigas que me compadezcan para ir de compras, ni familiares pesados con un café en la mano y un trozo de bizcocho «casero» que me recuerden lo solitaria que se ha quedado mi vida sin él. Debe de haber algo más, la existencia no se puede reducir a una prisión de ansiedades, de rutinas, que se deslizan irremediables del supermercado a la cocina como la arena de un reloj. En cuanto pongo los pies en la acera me paralizó: muchos años guiada por sus masculinas indicaciones, por el estrés de llevar un hogar. Todavía sostengo la puerta de la calle; dudo un instante, estoy a punto de volver adentro, a punto de llorar. Lanzo unas visuales temerosas a los lados de la avenida. Me recompongo cuando escruto hacia la derecha, en dirección al centro, al ver a una joven universitaria caminando sin compañía, cargada con una carpeta y con el hollar ligero, alegre, que le proporcionan sus piernas huesudas asomando al final del *short*. La muchacha me anima; la sigo. Avanza distante, ajena de este odioso mundo que la juzga, que nos juzga a todos, agazapada tras la música de sus auriculares. Gracias a esa coraza tecnológica no tiene que oír, al contrario que yo, al taxista que grita histérico a una torpe novata con la «L» en su luneta trasera.

30

Los pasos de la chica me llevan hasta el casco antiguo; ¡cuánto tiempo hacía que no pisaba sus adoquines centenarios! Tuerce por una calleja estrecha, desierta, que emboca en una peatonal más concurrida. Los turistas se embelesan con la catedral gótica que se alza donde termina el paseo; ella se detiene unos metros antes. Saluda a unas amigas en la terraza de un bar y se sienta. Yo la imito y ocupo un lugar dos mesas más allá. No entiendo por qué lo estoy haciendo y, sin embargo, me siento cómoda, realizada, al perseguir su juvenil espalda. Un empleado del local se acerca, me sonrío mecánico y le pido un té. Miro el reloj: pasan diez minutos de las doce de la mañana. Le pego un grito al camarero y retrocede de nuevo. Martini con ginebra, ¡qué coño! Nadie me espera, tengo todo el día para mí. Reviso a las jóvenes con disimulo: consultan sus teléfonos, hablan sin parar de sus clases, evalúan a sus compañeros no presentes, devoran con los ojos a un dandi barbado con brazos de gimnasio que circula próximo al templo católico y siempre muestran sus dientes blanquecinos con cada comentario, ríen. Su risa no me provoca envidia sino más bien admiración, e inconscientemente ensayo una mueca para emularla. Casi no me acuerdo de cómo se hacía y me siento ridícula intentándolo. Doy un buen sorbo al temprano brebaje y continúo espionando a las estudiantes; el aire del mediodía me está sentando francamente bien. Las hembras se llevan genial, se les ve muy cómplices por sus gestos y por los cuchicheos que me llegan intermitentes. Su amistad hace que mi mente divague: ¿por qué nunca me planteé siquiera una relación homosexual, un capricho lésbico? Mis vecinas, mis hermanas, hubieran entrado en cólera con solo plantearlo; patidifusas, como si las viera. Sin darme cuenta me sorprende riéndome en mi soledad de la terraza, mi pensamiento bollero me ha provocado una carcajada. Ahora son las chicas las que me observan con extrañeza; cierro la boca, aunque durante un corto intervalo sigo divertida por la fantasía.

Aparto mi curiosidad de las féminas por timidez y escudriño a la pareja de emperifollados ancianos que se sitúan en la mesa de al lado. No hablan, no se miran y, por supuesto, no sonríen; ese silencio me resulta demasiado familiar para seguir mirándolos. En el sitio siguiente un hombre con bigote lee, abstraído, un diario. Encima de la tabla le acompañan un paquete de cigarrillos y un vaso de vino. Lleva unos lentes de lectura, esos con un cordón que cuelga del cuello; andará por los cincuenta pero no está nada mal. El

hombre eleva la vista en mi dirección y me pilla fisgoneando. Me dedica un saludo sordo con un mohín de sus cejas, un ademán cursi y, no obstante, que se me antoja atractivo. Yo desvío el vistazo, ruborizada, como si aún tuviese que rendir cuentas a alguien. ¡Imbécil!, ¡imbéciles!, nunca deberíamos rendir cuentas a nadie por un gesto amable, hoy lo sé. El lector se sobresalta detrás de su periódico. Un negro de gran tamaño, un inmigrante haraposo, se allega hacia él solicitando una limosna. El hombre lo aleja con un aspaviento de su mano, a mí modo de ver demasiado exagerado, lo rechaza como si creyera que trae algún tipo peste. El hombre del mostacho me resulta burdo a partir de ahí. El negro lleva su cantinela pedigüeña, posiblemente bien aprendida por apaleo de los caminos, a cada una de las mesas. Yo noto una punzada en el corazón cuando los viejos lo rechazan del mismo modo anterior. Me dan ganas de levantarme a increparlos en el instante que veo a las universitarias rascarse el bolsillo y darle unas monedas al mendigo; me fijo en él: ¡menudo jayán!

Es mi turno. El negro dice que tiene hambre, que si puedo ayudarlo con «algo». Yo ya tengo un billete de diez entre mis dedos desde que recitaba lamentos en la mesa de las chicas, hoy me encuentro generosa, radiante. Pero... un momento. Las campanas de la catedral empiezan a tañer: la una. Casi es la hora de comer, ¿y si lo hago? Es una de las cosas que mi ex marido gilipollas aborrecería. Me lo pienso mejor y no quiero hacerlo por rencor. El negro permanece con su manaza extendida hacia el billete, hacia esa mujer ida y que parece medio loca; pero no, nunca estuve tan cuerda. Quiero hacerlo por mí, porque en la vida me sentí tan libre. Le doy los diez euros y aferro su muñeca. «Tú te vienes a comer a mi casa», le digo con tal seguridad que hasta yo me siento abrumada. El pobre indigente busca auxilio en los rostros de los demás. Las estudiantes nos contemplan fascinadas, la luz de sus joviales pupilas revela mucho respeto y solo les falta aplaudir. Los viejos nos acechan con asco, si pudiesen moverse más rápido seguro que nos sacudirían a ambos. El hombre de bigote nos estudia con desdén detrás de su diario, con el reajo echado a la conquista madura que le arrebatara aquel ser menor, probablemente flipando y muerto de celos. Odio ese cinismo de las personas, ¿qué me importa lo que sus picos maléficos tengan que criticar?, ¡cuán cerrados he tenido los ojos todo este tiempo! Hassan, que así se llama el negro, me regala la mirada más tierna de sus ojos mustios y asiente sumiso.

Caminamos juntos hasta el portal y yo no paro de charlar todo el trayecto; él solo contesta con monosílabos. Bendito, la turra que tiene que aguantar. En el ascensor me doy cuenta de que necesita una ducha urgente y se la ofrezco al entrar en mi domicilio. Hassan la acepta con un escueto «gracias» y se encamina al baño, ofreciendo reverencias a cada objeto que le entrego: toalla, jabón, ropa limpia y una sonrisa. Pongo música antes de entrar en la cocina, y meneo mi trasero como una colegiala mientras voy cortando los tomates, la cebolla, los pepinos, limones, menta y perejil; me ha dicho que es musulmán y que no come carne de cerdo, pero por suerte para él a mí me sale un *tabulé* riquísimo. Por primera vez en muchos años me he dejado llevar, y la improvisación es un remedio perfecto para mi mal humor. Oigo como se interrumpe el goteo de la bañera y me arrimo hacia el pasillo por si Hassan necesita alguna cosa más. Me planto justo a la altura de un espejo a cuerpo entero que cuelga de la pared. La puerta del aseo se abre y aparece Hassan como Alá lo trajo al mundo: en pelota picada. El torso tostado, musculado, los hombros anchos, los brazos fuertes y esa tranca, que le cuelga más abajo de la mitad de sus muslos torneados, son demasiados sobresaltos para esta señora de rutinas aburridas. Examino, atónita, el inmenso colgajo con los ojos muy abiertos. «Ahora... yo ayudar a usted», dice con gran afectación ese Hércules de ébano. Preciso cambiar mi enfoque un segundo, acalorada, y me doy de bruces con mi estampa en el espejo: la verdad es que nunca había tenido tan buena cara.



AJUNTAMENT DE VALÈNCIA
REGIDORIA DE BENESTAR SÒCIAL I INTEGRACIÓ
SECCIÓ DE LES DONES I IGUALTAT

PLA **miq** Pla Municipal per a la
Igualtat d'Oportunitats
entre Dones i Hòmens

C/ Amadeo de Saboya, 11 - 46010 Valencia
T: 96 208 26 39 - 96 208 26 27
E: pmujer@valencia.es

www.valencia.es/mujereseigualdad

CENTRE MUNICIPAL DE LA DONA
cmio

C/ Gobernador Viejo, 14 - 46003 Valencia
T: 96 208 74 75
E: cmio@valencia.es

D.L.: V-1993-2014



AJUNTAMENT DE VALÈNCIA
REGIDORIA DE BENESTAR SOCIAL I INTEGRACIÓ
SECCIÓ DE LES DONES I IGUALTAT